

HONORATO VAZQUEZ

Ecos del
Destierro

20. EDICION

Con prólogo de
REMIGIO CRESPO TORAL

CUENCA

1933.

Tip. de la Universidad.

EN EL DESTIERRO

HOJAS LITERARIAS—1885

POR HONORATO VAZQUEZ

Allá en 1881 y 1882, se escribieron los versos del "Destierro", el segundo libro de poesías de Vázquez. No se conocieron en colección sino en 1885, cuando los acontecimientos que los motivaron pasado habían a la historia, al hondo cauce de los hombres y las cosas idas, sobre cuyas desnudeces el poeta echó el manto de una infinita piedad.

En 1881, hubo de elevarse en Cuenca una representación al Capitán General de Veintemilla (capitán general así a la española, nombre de dictador en forma novísima). Aquel documento se pasó en demanda de firmas de profesores y estudiantes. Al frente iba la del inclito Dr. Mariano Cueva; después otras de catedráticos y hombres buenos y doctos. Pidieron mi firma; vi la del Dr. Cueva, la de

II

Honorato Vázquez, la de José Peralta; y puse al pie la mía, mi nombre casi desconocido de estudiante de Jurisprudencia, sin leer el texto de la representación.

Al día siguiente, Vázquez y Peralta, que tampoco la habían leído, para suscribirla, picados de curiosidad, la leyeron. Y cuál su sorpresa al encontrar en ella términos inconvenientes de alabanza al Capitán General, a cuyo gobierno se apellidaba ilustrado, o cosa así, lo que resultaba temeridad!

Allí fue el conflicto. Los escritores de ayer, que llamaron no ha mucho bárbaro o algo peor al Gran Capitán, ¿cómo podían componérselas con los piropos que le habían dirigido?

Había que rectificar, que protestar, que retirar las firmas, explicando el caso, para pasar por inadvertidos, pero no como aduladores y falsos. Fui a ver a mi maestro el venerable Cueva, quien con su habitual sonrisa, me dijo:—"Son susceptibilidades de la juventud que interpreta malamente fórmulas quizás de simple cortesía. *Manos besa el hombre que quisiera ver quemadas.* Siento lo sucedido...."

Pero Vázquez y Peralta se mantenían firmes y cada vez más nerviosos, sobre todo porque el escri-

III

to de retiro de nuestras firmas no nos lo admitían en imprenta alguna. El Capitán no aceptaba la libertad de imprenta y aborrecía la letra de molde su gobernador, medio rural, de Cuenca, suspicaz y tímido, y por ello listo para aplastar hasta a las moscas que inquietasen su gobernación.

¿Qué hacer? En Cuenca existen muy arraigadas las costumbres curiales, y los tres éramos de la sacra Facultad de Derecho. Pues ¡ir a una escribanía, recoger nuestras firmas y declarar que estimábamos no conformes a verdad ciertos epítetos laudatorios que se habían enderezado a S. E. el Presidente de la República. (1)

¡Cosas de estudiantes! Habrían dado tema a guasa y divertimento, en cualquier país. ¿Pero en el Ecuador y bajo la espada? . . . El Escribano llevó, en la propia matriz, nuestra declaración al Gobernador; y éste preparó en seguida el castigo: nada menos que el destierro. A Vázquez lo tomaron en la iglesia del Carmen, el 16 de Julio, día de Nuestra Señora. Peralta no fue habido, y tuvo que ocultarse. Lo propio pasó conmigo. La escolta que llegó al Colegio no me encontró en clase, porque en un instante, al asomarse aquélla a la puerta del Establecimiento, salté por sobre las

IV

tapias que dividían el Colegio y el campo en que hoy se levanta la Catedral nueva.

A Vázquez se le lanzó al Perú por la vía de Loja; y desvalido y en la agonía de su madre y la desesperación de sus hermanitas, se le puso al otro lado de la frontera, por un destacamento militar.... ¡Edad dorada de nuestra república!

El pobre amigo, allá en tierra extranjera, tuvo franca hospitalidad; y en los largos padeceres de proscrito, desde el Macará a Piura y Paita y Lima, tuvo la dulce compañía de las letras y el amor a la lira. Pudo entender entonces cómo, sin la pluma, es la vida a manera de muerte, según declaró Juvenal....

Esta breve relación explica las poesías *En el Destierro*, uno de los documentos de nuestra corta literatura que más se recomiendan, sobre todo por la suprema belleza moral.

En la literatura americana de combate, acostumbrados estábamos a los férreos mandobles de justador de un Julio Arboleda, o a las bofetadas en alejandrinos de Mármol. El mismo Capitán General de Veintemilla ya había soportado aquí el suplicio de la uña o zarpazo lírico, que antes se prodigó por franco-tiradores contra Rosas y Melga-

V

rojo y aun contra el eminente García Moreno, que a su vez y a su guisa, manejó la fusta poética con látigo de rayos contra el asendereado Urvina.

No era todavía conocido entre nosotros, sino acaso de referencia, el libro encantador de Péllico *Mis Prisiones*; y como nota de suavidad y mansedumbre, vinieron los *Cantos del Destierro* de Vázquez, a inaugurar una manera más hermosa y cristiana de llorar las inclemencias de la vida y las injurias de los hombres. Era la poesía evangélica del encarcelado de *Los Plomos* de Venecia y de los hielos de Spitzberg, que espontáneamente, nacía en la turbulenta América.

En la implacable ferocidad de las luchas políticas, cuando hasta desde la cátedra sagrada se vaciaba el raudal de la indignación tribunicia, cuando los folletos de tantos patricios y sobre todo *Las Catilinarias* de Montalvo paseaban al tirano como a muñeco en el circo internacional, en que fue conocido por las áureas saetas de aquel gran ballestero de la literatura; un joven proscrito, educado en la escuela de Federico Ozanan, nutrido por el diario pan del Evangelio, su libro de toda la vida; el momento mismo de ser arrojado a suelo extranjero, al acrecer con sus lágrimas el caudal del

VI

río que nos divide del Perú, no maldijo a sus perseguidores:

Ya voy, Señor, a tu templo
a ofrendarte mi plegaria,
¡último templo, el más pobre
de mi tierra ecuatoriana!
Voy en nombre de mi madre,
en nombre de mis hermanas,
en nombre de mis verdugos....
antes que a la luz del alba
el camino me señalen
por extranjera comarca. (2)

Atraviesa el desierto tropical, y al cruzar sus ascuas, siente la inmensidad y ve las maravillas del sol sobre ella: aprende a conocer la pequeñez del hombre y de su venganza; y queda a solas para hablar con el cielo y lo infinito que serenamente cubren todas las humanas locuras.

Por larga vía, llega a orillas del mar, este otro prodigio inmenso, y canta allí la *Salve del Proscrito*: una oración por la tierra natal y por los seres queridos. No se permite una queja, ni siquiera el recuerdo de recientes agravios. El alma se

VII

mucho en la contemplación de la maravillosa bahía de Paita, quieta como ninguna, apenas estremecida a la luz de la luna; y se refugia en un rincón de las montañas natales: todo para adorar, subir al cielo y besar la sandalia de la Virgen que pisa, acariciadora, el astro de la noche.

Después recuerda a sus muertos al recorrer, el cementerio de Lima. El padre, la niña amada en la adolescencia, los compañeros que duermen en el jardín de la muerte, en la tierra natal.

Tumba de un amigo
mi vista aquí no halla:
extranjero, mis tumbas queridas
están en mi patria.....

Tumbas de extranjeros,
tumbas olvidadas,
extranjero también, yo os visito,
mis tumbas hermanas. (3)

Es la elegía de la ausencia, el regreso a la patria en las alas del alma, en los sueños de la noche, por la ficción de la imagen: dulce traición, conocida y engañosa, pero siempre buscada y adorable.....

VIII

A estas horas, las patrias campanas
sonando estaràn,
como aquí, con la misma plegaria
y el mismo compás. (4)

El poeta requiere a algunas almas hermanas, y su inagotable dolor se derrama en sentidos romances, algunos de ejecución acabada como *Las Golondrinas*, *A orillas del mar*, *A María Teresa Granda*.

En el corazón del libro, como si dijera en el centro vital, se leen las admirables trovas *Ja Morenica*, *Villancico y al Santísimo Sacramento*. Escritas en vieja fabla de Castilla tienen el sabor de la infancia del idioma que para ternezas no halla semejante. Perdido en la cultura del siglo de oro, dejó la languidez, la delicadeza y la concisión de piedra preciosa, que quizás sin el italianismo y el preciosismo, pudo ser el más expresivo y acendrado de Europa.

La Morenica, la Virgen de la iglesia vecina, en la ciudad natal:

“En imágenes me llega
vueso talante gallardo,

IX

vuesos ojos fabladores,
vuesos sonriyentes labios,
vuesos lindos piececicos
en la luna descansados,
e tantas, tantas candelas
que os estarán alumbrando,
si non que hí faltará una---
¡la del pobre desterrado!

EL VILLANCICO trae reminiscencia de las primeras infantiles canciones:

Qué trigo! qué trigo
nascido en Belem!
Qué branca la espiga
que destila miel!

AL SANTISIMO va el romance místico de limpia cepa, que puede lucir como pieza de autología:

Non me fagas tal despecho,
yéndote lueñe de mí,
ca fallesca el alma mía,
emfambrecida de Ti....

A estas tres poesías -incienso del santuario- se

X

junta EL DISCIPULO AMADO (a que está unido mi nombre, gracias a la predilección de la amistad). El amor de Jesús a Juan, una de las hermosuras más altas, que toca a los confines de lo sublime, es el tema de ese romance, que por sí solo recomendaría al autor como a gran poeta cristiano; que es mucho decir, si se advierte que son pocos los poetas que han sentido la pura belleza del idilio evangélico y la encumbrada poesía del drama de la Redención, que por grande, nos aplasta e incapacita para escribir acerca de un prodigio superior a toda inspiración.

Y Jesús torna a abrazarle,
y al estrecharle a su pecho,
de su boca y la del joven,
estaba el olor fluyendo,
en alternados efluvios,
del vino del Sacramento....

Con traducciones y otras piezas que no desdicien del intento que inspira el libro, se completa este con las dos *Epístolas a mi madre y mis hermanas*, en tercetos tradicionales de cartas versificadas.

Las del poeta del DESTIERRO resumen la sus-

XI

tancia, el anhelo, la íntima aspiración de un alma esencialmente piadosa, que se desborda en suavidad, juntando en un solo haz las cosas de aquí y las de allá, en la esperanza de una recompensa inmortal. El dolor aparece fuerte, no humillado por la desesperación ni nublado por la duda:

“A esta que en tus labios han posado,
frente que el polvo del trabajo empaña,
a erguirse en el dolor has enseñado.

Y a no esquivarse, de temor huraña,
si en vez de lauro se le apresta espina,
que igual los siega la postrer guadaña....

Jornalero de penas, cada tarde,
las siego, y en manojos agavillo,
y las llevo al altar: ¡mi Dios las guarde!

Y me conceda corazón sencillo,
con que allegue mi afrenta cotidiana,
hasta colgar el último hacecillo....”

Las amarguras de la ausencia y hasta el austero pensamiento de la muerte se resignan al influjo de un astro de paz que alumbra desde la otra

ribera de la vida. El proscrito piensa en su estancia, en el lecho vacío, en la heredad, en el agua del cristalino manantial de que bebía, tendido en la grama de la orilla, en la última planta que entregó al amor de la tierra, antes de partir....

“Si ves allá do el río en dos raudales,
reparte su caudal, y hacia la orilla
lo pliega en ondulancias desiguales,

extendida la rósea manecilla,
recoged la que deja mansamente,
en leves fajas, fúlgida arenilla.

Ponedla en vuestras cartas, do luciente,
al hallarla mis ojos, de mi río
imagine, lloroso, la corriente....

En las alas del líquido elemento,
al que mi patrio río es tributario,
pónese a discurrir mi pensamiento....

....Pero ay! mis desvaríos!
buscar solaz vagando en tierra extraña,
¡ pedir al mar el agua de mis ríos!

XIII

Este libro del DESTIERRO, oloroso a flores silvestres y henchido de caridad, cerró la primera época del poeta. Talvez la vuelta a la patria y la prosa de oficina, aquella saciándole de ventura y ésta aprisionando las alas del numen, le hicieron callar. A la jornada lírica sucediéronse los altos estudios: la estética, la crítica, las investigaciones lingüísticas, el derecho administrativo y diplomático y la inmensa labor histórica y jurídica acerca de los límites del Ecuador.

A esta faena austera se entrelazaron las flores de sus "Cuentos de Noche-Buena", algunos de primorosa factura, todos ricos de color y sanos y limpios como el agua corriente.

¿Se despidió de los versos? A los que le acusa-ron de desvío a las musas, replicó con poemas breves y de impecable composición; *Al Crucifijo: de mi mesa, Heces, El Herrero*, (que es otro capítulo de *Hasta Cuándo?* de EL DESTIERRO y la extraña y feliz leyenda *Insomnio* sobre un caso de amor del magnifico caballero fundador de Cuenca de América, Don Gil Ramírez Dávalos....

¿El adolescente cantor de SABADOS DE MAYO, el joven filósofo cristiano de EL DESTIERRO han acabado su obra? ¿Será que, a la luz de la

XIV

tarde, enmudezcan las aves que hicieron la alegría de la mañana?....

Honorato Vázquez tiene sitio propio y originalidad en la literatura. En 1885, mucho antes que se ensayase la reforma literaria que se extendió a nuestra América, ya él había tentado nuevas cadencias y ritmos nuevos. Su fisonomía es inconfundible. No se hallarán en ella el rígido diseño clásico importado de Italia a España: su manera aparece retrospectiva, más bien procede de los trovadores y maestros del siglo XV, del marqués de Santillana, de los Arciprestes, de Manrique, de los romances viejos: todo ello mezclado a esa psicología íntima de los poetas franceses de las últimas oleadas del romanticismo. Ha sido casi un precursor. Su forma acabada arranca de los italianos, de Manzoni, de Fóscolo, de Leopardi. En su poesía, se advierte la exquisitez que posteriormente vendría de Gautier, de Samain, trasladado después, con tanta soberanía de inspiración y ejecución, a la lira castellana, por Rubén Darío, en España y América.

Vázquez posee la nota pintoresca, que corresponde a su maestría de pintor y que descuella ampliamente en sus cuentos y en otras composiciones en prosa. En la SALVE DEL PROSCRITO,

XV

este siente la grandeza del mar, acariciado por el viento y alumbrado por la luna:

¡Silencio! Tan sólo el viento
al extenderse en las aguas,
mientras gimiendo se aleja
con las puntas de sus alas,
de inúmeros riscos borda
de la mar la honda agitada;
y al quebrar la luna en ellas
vividios rayos, el agua
en largo surco, parece
hirviente caudal de plata.

Alguna errante gaviota
aún vaga solitaria;
y ya en los cielos se encumbra,
ya moja en la onda sus alas,
como una tenaz memoria
de la ventura pasada,
que vuela en giro indeciso
entre las sombras del alma....

Y aquellas descripciones de la frontera peruana,
en esa noche del Macará, de la montaña última

XVI

de la patria y del río que quiebra sus aguas: el
paisaje triste de un brumoso horizonte,

tras cuyas sutiles gasas,
las temblorosas estrellas
parecen gotas que bajan
en lluvia argétea, a sumirse
en las selvas de la patria....

Y el cuadro de la tarde, en el sentido romance
dedicado a María Teresa Grandá:

El día mustio agoniza....

La naturaleza comparte los sentimientos del poeta,
habla en secreto; y él y la niña a quien canta,
sintiendo lo perdurable de la naturaleza, creen
en una inmortalidad de la tierra:

Corazones cual el tuyo
no envejecen con los años;
y en la noche de la vida
son cual floripondio blanco,
que entre el silencio y la sombra,
está el jardín perfumado.

XVII

Vázquez, no por indócil a la rima, que la manejó a su talaate, más bien por convicción artística, ha preferido el romance, y el romance de arte menor,—lo genuíno, lo hereditario de la poesía española: el metro del romancero, el de los romances de Lope y de Góngora, lengua del viejo teatro, troquel de la copla y forma casi única del saber popular.

El simbolismo, la decadencia nos han traído casi como imposición la rima perfecta y los dichosos consonantes. ¡Ante todo la música! y de la música del verso—la música bárbara, la de los himnos del latín bárbaro, no el ritmo sutil de la cantidad, ni el del acento, menos el tenue de la asonancia. Era forzoso el método de la igualdad en el extremo de los versos, para la cadencia uniforme. Así es como el consonante engendra a veces, en los mediocres, la idea, y ésta se ajusta al consonante: una prisión, una abreviatura dentro de un molde, la *cuestión de tormento*, sobre todo para las medianías.

El romance—título de hidalguía literaria en España—no debe echarse a un lado. No porque sea fácil, que la facilidad bien manejada es la más difícil que dijo Boileau, sino porque esa forma, sin

XVIII

la monotonía de acentos uniformes, dentro de un movimiento rítmico y seductor, resulta la más amplia y libre, la que mejor traduce los sinuosos y múltiples matices del pensar y del sentir; significa una parte de la emancipación artística y una sana tendencia hacia la poesía honda, nutrida de psicología y plena ante todo por la sustancia.

En la poesía ecuatoriana, Vázquez, tanto como Miguel Moreno, figuraron en una época en que la poesía aparecía escasa y rara. Zaldumbide, Mera y Cordero cantaban alguna vez, casi sin esperanza de encontrar sucesor. Matovelle colgó la lira, y aunque Llona llenaba con la trompa todos los ecos, su influencia era aquí nula; pues su literatura resultaba extraña. González no prometía aún ni Borja se improvisaba magnífico poeta. Sánchez, Echeverría y Pallares mantenían en Quito el solitario culto de la musa.

Vázquez y Moreno inauguraron la segunda época de la poesía nacional; y detrás de ellos, el progreso de las letras vino pomposo y rápido. En Cuenca, sin duda, ellos despertaron grandes vocaciones artísticas, y se les tendrá como a heraldos de un movimiento intelectual muy intenso, dentro del que nos sentimos todavía, y que hoy se espar-

XIX

ce en largas ondas sonoras.

La brillante juventud que hoy maneja el sacro instrumento sepa quienes fueron los sembradores. La generación espontánea no se explica en la creación artística: que siempre procede, aun para derivarse hacia nuevas orientaciones.

Vázquez, con su ejemplar modestia, ha obtenido lo que siempre se adecuó a su carácter: el silencio. En torno suyo formóse un ambiente de quietud, no estremecido por las nerviosas emociones de una nombradía que se prepara y se cultiva por los que se adulan a sí mismos.

Y él ha influido enormemente en nuestra cultura naciente, en múltiples ramos del saber. En la poesía ha dejado la nota hermosa de la corrección y la serenidad al servicio de la virtud y la grandeza moral. Educador de muchos, maestro de urbanidad, humilde como un monje de las letras, ha trabajado largamente, con intenso fervor, en labores de aliento y tenacidad: la depuración del idioma castellano, la resurrección de sus formas bellas y olvidadas, la reconstitución de viejas y ocultas celebridades. Si aquí hubiera editores y lectores, él pudiera publicar el Diccionario de la literatura y la Historia de la lengua española.

Inclinado ya hacia la última jornada, guarda en plenitud el esfuerzo, preside la Universidad del Azuay y escribe sin cesar: (¿para quiénes.... y para cuándo?).

Lo que la amistad puede exigir al gran literato es una obra de que carece la literatura española; y él puede hacerla, como maestro en la vieja fable y en la técnica del verso: traducir al idioma corriente el *Poema del Cid*, el más venerable y génial de la literatura española. Lo que Petit de Jouleville en la *Canción de Rolando*, puede hacer el poeta americano al que va esta voz despertadora—con el ingenio y singular poema de las hazañas de Rodrigo de Vivar, el caballero sin miedo, el que en buena hora nació. Don Andrés Bello, con escaso material de trabajo, logró sin embargo dar un texto muy apreciable de la maravillosa gesta de Mio Cid, hoy definitiva en la edición crítica de Menéndez Pidal. Gloria sería para el nuevo mundo hispano que un poeta erudito de América pusiese, en lenguaje castizo y claro y al alcance de todos, la primera, casi la única epopeya de la raza.

Estas breves líneas escritas al vuelo por requerimiento de los inteligentes redactores de *Páginas*

Literarias demandan excusa, pues la figura diseñada exigía cuadro más amplio y más libertad en el ensayista. Se ha intentado la justicia literaria, que constituye en definitiva la crítica a conciencia. Podrá decirse que escritos como este corresponden a una socorrida compañía de elogios y de retorno de larguezas que Vázquez, sobre todo, ha prodigado al autor de estas líneas y a cuantos le ha sido dado aplaudir, con la cariñosa benevolencia que acostumbra.

Pero, a esta malicia de la suspicaz gente de letras, se responde: que la gratitud engendra buenas obras y es santísima y necesaria virtud; y como tal no va reñida con su hermana la justicia; que ésta y la honra si pueden comenzar desde casa; y la simpatía por los autores nos mueve a estudiar mejor sus obras, cuidando eso sí de no lanzarnos en el mal gusto de hiperbolismos que degeneran en desprestigio de los mismos ídolos de nuestra inconsculta admiración.

Práctica corriente es hoy en las letras hasta la autocrítica; que nadie puede conocerse mejor que uno mismo, y la confesión se aplica muy bien a las faltas literarias. ¡Cuánto más es posible hablar de los compañeros de labor, de los maestros y

de los discípulos!... ¡y sea la paz con todos!

Estas páginas se dirigen a estimular a uno de nuestros viejos literatos y poetas, para nuevos y finales empeños y para la revisión de sus libros y sus canciones. Por lo mismo que estamos quizás bajo el dominio de los filisteos, nos cumple luchar valientemente por la patria literaria y por el solar intelectual.

1921

STEIN

(1) En la ciudad de Cuenca, a primero de Julio de mil ochocientos ochenta y uno, ante mí José Crespo Arévalo Escribano Público de este cantón y testigos, comparecieron los Señores Doctores Honorato Vázquez, José Peralta, abogados de los Tribunales y Juzgados de la República y el Señor Remigio Crespo Toral, solteros, hábiles por derecho, de este vecindario, a quienes conozco, y después de haber cumplido el que habla, con lo que preceptúa el artículo trescientos cuarenta y cinco del Código de Enjuiciamientos en materia Civil, dijeron: que convenía a sus intereses expresar, que habiendo sido invitados a firmar una representación dirigida al Supremo Gobierno en demanda de dinero para gastos que debía hacerse en el Colegio Nacional de esta Provincia, tuvieron, en mala hora, la ligereza de firmar dicha representación, sin hacerse cargo de los términos en que estaba concebida. Como ésta contiene conceptos a los cuales no pueden asentir jamás, sin contrariar a sus convicciones; optan más bien, por ser calificados como indiscretos en un acto tan trascendental, como el de dar una firma, antes que a ser sospechados, en cualquier día, como inconsecuentes al concepto que tienen formado del Gobierno actual en sus relaciones con la Instrucción Pública y demás intereses del Estado. Que, por lo mismo, el hecho de haber firmado dicha representación,

XXIII

sin conocimiento de sus términos, no es un acto de adhesión, como pudiera entenderse, al actual Gobierno. Expresan, además, que este testimonio que aquí dan los comparecientes, lo habrían hecho público por la imprenta, a no haber en contra razones al respecto para con muchos de los señores que han suscrito a la mencionada solicitud; y que, por lo mismo, hacen la presente declaración, con el intento de hacerla saber, en caso necesario. Agregan: que la representación de que se trata, fue elevada al despacho del Supremo Gobierno, el día veintinueve de Junio próximo pasado. Así lo dicen, otorgan y firman con los Señores Luis Vélez, Doctor Antonio Salcedo y Doctor Juan José Ramos, testigos idóneos, de este vecindario y conocidos, y conmigo el Escribano, de lo que doy fé. En este estado, se aclara que el primero de los comparecientes, no es todavía abogado como por error aparece. También doy fe.—Honorato Vázquez, J. Peralta, Remigio Crespo T.—Testigo, Juan José Ramos.—Testigo, Antonio Salcedo.—Testigo, Luis Vélez.—José Crespo Arévalo, Escribano público.

Es copia.—Cuenca, Enero 17 de 1920.

- (2) "A orillas peruanas del Macará".
- (3) "A mis muertos".
- (4) "Al toque de oraciones".

A LOS LECTORES

TIEMPO há que cuatro amigos, digo mal, cuatro hermanos (1), solemos reunirnos, sin que nunca faltase ninguno, todos los jueves por la noche. Uno de los cuatro, a quien corresponda en turno riguroso, debe leer lo que para el caso hubiese escrito o conservase inédito. Se lee, pues, se observa, se discute sobre lo que se ha escuchado; luego se cambia de tono, y, en íntima cordialidad, se charla tan abierta y sabrosamente -y en ocasiones hasta se retoza a usanza colegial- que cuando suenan las diez de la noche, hora fijada para disolverse la reunión, juzga cada cual que el tiempo ha corrido más que de ordinario.

[1] Los Sres. Dr. Carlos R. Tobar, D. Quintiliano Sánchez, el autor del presente libro y el que estas líneas escribe.

XXVI

Fruto de estas gratísimas veladas literarias es el precioso libro que hoy, venciendo la extrema modestia del autor, confiamos a la insegura corriente de la publicidad (1).

El nombre que se lee en la portada del libro es Honorato Vázquez, y esta sola enunciación bastará a despertar vivo interés en lectores y lectoras. Harto conocido, estimado y aplaudido es en nuestra sociedad el autor de "*La salve del proscrito*", "*Mis muertos*", "*Las golondrinas*" y otras poesías reputadas como joyas de la literatura patria, para que fuesen menester elogios y recomendaciones, menos de los labios de un su hermano.

No es nuestro propósito, ni fácil nos sería, dar a conocer las bellezas que con profusión se encuentran en las diferentes composiciones que hoy da a luz nuestro delicadísimo poeta azuayo: el lector sabrá hallarlas

(1) A este libro seguirán, Dios mediante, viendo la luz pública, otros de los demás individuos de tan reducida, pero, para nosotros, simpática y fructuosa sociedad.

XXVII

al volver de cada hoja del libro y aplaudirlas cual se merecen.

Vázquez, individuo de la Academia ecuatoriana, correspondiente de la Real Academia española, es de los muy pocos poetas de quienes se puede asegurar que sus producciones son todas buenas, sin desecharse ni las relativamente inferiores, donde el buen gusto literario ha de hallar siempre algo recomendable. La mayor parte de las obras poéticas de nuestro hermano pertenecen al género lírico, en el cual se muestra señaladamente el elegíaco. Ni podía ser de otra manera, conocida el alma sensible, afectuosa y tierna del autor; de aquí que el carácter que distingue el fondo de todas, o de casi todas sus poesías, sea una vaga y profunda tristeza que, en ocasiones, llega a convertirse en amargura, pero nunca en desesperación. Saliendo del común de nuestros poetas pulsadores de lira de *una cuerda*, no se lamenta desvanecidas esperanzas, ni engaños matadores, ni arterías de la mujer; nada de eso, su mente está siempre en lo alto; y en las serenas re-

giones de la paz y dicha perdurable, hálala la rica vena de sus inspiraciones. Cuando injusta y violentamente desterrado, y viviendo solo y apesadunbrado en extraña tierra, moduló sentidísimos cantos, inspirándose en los dos sentimientos más íntimos, más delicados e inefables que tan dulcemente agitan nuestra alma: el amor a la patria y al hogar de la familia. Allí están para confirmar nuestra aserción las incomparablemente hermosas epístolas a su madre y a sus hermanas, dignas émulas de las de Campoamor y de J. P. Velarde sobre el mismo asunto.

El vago y triste placer que me causa el evocar muertas memorias y recorrer la soledad del cementerio de mi tierra, donde tantos seres amados reposan, me ha llevado a escribir estas líneas; pues nunca la dolorosa imagen de mis muertos queridos se me presenta más viva, más sensible, que cuando leo las sentidísimas estrofas de la poesía intitulada "*A mis muertos*": en ella ha derramado Vázquez todo el dolor y la ternura de su grande alma. ¡Dichoso, si, mil veces dicho

XXIX

so el poeta que, porque cree y espera, ama con los encendidos anhelos de un alma fervorosa y levantada !... Desdichado por todo extremo el que, acosado por sombrío escepticismo, que ha matado la esperanza, único beneficio del que padece, nunca levanta las alas de su corazón a las plácidas regiones de la indeficiente luz !.....

Si mi alma fuese capaz de envidia, confieso que se la tuviera al poeta hermano.

R. ESPINOSA.

Quito, Abril 25 de 1885.

**A LA SEÑORA DOÑA FRANCISCA OCHOA
VIUDA DE VAZQUEZ**

Cuenca.

Madre mía:

CUANDO, contra la voluntad de los hombres, interrumpí mi destierro y volví a tu lado para consolarte y para saciar mi corazón enhambrecido de tu amor, llevé conmigo unas cuantas cuartillas de papel, estrujadas por haberlas hojeado a menudo en mi peregrinación.

Bajo un espino del desierto, a bordo de un buque, en las calles de las ciudades, en el encierro de mi habitación, en todas partes mi imaginación vivía recomponiendo los cuadros de la patria y colocando en medio de ellos el cuadro de nuestro hogar:—allí te veía, allí a mis hermanas, y, al través de las vidrieras de tu habitación, la torre de la iglesia vecina a donde antes acudíamos, si no felices, a lo menos sin tantas lágrimas

en los ojos, y a donde, durante mi destierro, ibais a pensar en mí y a hacer que el pensamiento se revolviere en oración.

Mi alma, como aquel remanso de nuestra heredad, sombreado de árboles, no copiaba sino la casa paterna escondida entre ellos, y, sobre su ramaje, el azul de nuestro cielo.

¿Lo recuerdas? Cuando los vientos de Agosto les arrancaban las hojas que caían a estremecer en leves ondulaciones la linfa reposada, entonces en ella se copiaba mayor extensión de cielo al través de los ramos empobrecidos de follaje.—Cuanto cayó devaneo mío ha ido cayendo, ha ido dando paso a un rayo de luz: mejor está hoy el lago, si más desolado sin hojas ni flores al rededor, menos oscuro que antes con la galana pompa de otros días. Hasta hoy no has faltado tú a la orilla, duplicando tu imagen en las aguas, resaltada sobre el fondo azul del cielo: no faltes allí ¡oh no faltarás!... y deja que nuevos veranos vayan bordando de hojas secas esas aguas que, si tiemblan a la caída de cada una, y turban por un instante la fijeza de tu imagen, vuelven luego a serenarse silenciosas.

Pensando, pues, en el hogar, en la amistad, en la patria, y, cuando me faltaba todo lo

XXXIII

que la tierra tenía caro para mí, pensando en esa región del cielo, donde los ojos del cuerpo ven nubes y astros, y los del alma prevén los misterios de la inmortalidad; así escribí estos pobres versos que te envió. Ellos no han podido interpretar el cúmulo de mis sentimientos: mucho qué-dame aún en el fondo del corazón. Cuando te en-trego mi poema, mi corazón mismo no lo cono-ce: lo más íntimo queda dentro de mí. Mis ver-daderos versos jamás serán leídos (*).

Cuando me tenías ternuzuelo en tus rodillas y mi lengua no sabía aún articular palabra, ha-brías comprendido en el semblante del niño, el tezón con que quería expresarte sus impresiones, y ha-bría interpretado tu amor aquello que no tenía voz que lo revelase. Hoy mi corazón es todavía ese niño de ayer; recíbelo en tu regazo, que tu amor de madre sabrá entender lo que hasta hoy este pobre corazón es incapaz de hablar.

Estos versos habrían permanecido ocultos sólo para lectura de nuestro hogar y del estrecho cír-

(*) *Sully Prudhomme.*

XXXIV

culo de mis amigos; pero éstos a quienes fueron leídos, quisieron que fuesen publicados. Los doy, pues, a la luz pública con el nombre de **Ecos del Destierro**, porque ciertamente, esas voces de mi corazón, exhaladas en playas extranjeras donde no fueron oídas, han venido a tener resonancia en los valles patrios.

Lejos hoy también de tu lado, te envió desde las faldas del Pichiucha, la colección de estos versos, dedicada a tu esposo y padre mío. Ausentes tú y él: tú esperándome, en el suelo donde nací, y él, en la patria de las almas, ya que no puede mi corazón subir allá, ni ir a tu lado, vaya hacia tí, siquiera este libro, como Jacob en vez de Esaú; y cuando, como el anciano Isaac digas al recibirlo "He aquí el olor de mi hijo", bendícame y luego..... ámame siempre, madre mía.

HONORATO.

Quito, Agosto 20 de 1885.

A MI MI PADRE,
el Sr. Dn. Manuel Jesús Vázquez.

Al dedicar a los míos estas páginas, es tu nombre el que debo estampar al comenzarlas; porque, si há catorce años que no te vemos con los ojos del cuerpo, el alma te tiene presente en el recuerdo, que acaso no es más sino la conversación muda entre los que partieron de la tierra y los que aún bregamos por sus encrucijadas, con porenne aspiración a la inmortalidad de afecciones en una vida mejor.

En los silenciosos y escasos goces de familia, en la tribulación que no ha escaseado desde que tú partiste, aquí estás, señor, presente para nuestro corazón, y presides aún este estrecho círculo doméstico, así cuando sonríe como cuando llora. Arrancado del hogar y alejado allende las fronteras de la Patria, en mi peregrinación iba imagi-

XXXVI

naudo el dolor de mi madre y de mis hermanas, o imaginaba también el tuyo, si hubieras vivido aún en esos días amargados por los hombres. Tú las habrías consolado, tú menesteroso de consuelo: y tú les leerías hoy estas pobres páginas, escritas, puesta el alma en mi hogar al que santificaron tus virtudes y las de mi madre, y en el Cielo en donde nos esperas.

Tú que despertaste en mi niñez el sentimiento de lo bello, y diste a mi corazón tendencias a sus goces, tú tienes derecho a estas hojas arrancadas de mi cartera, en que fuí escribiendo algo de lo mucho que he sentido, algo de lo mucho que creo:—Fe y Poesía—, dos cosas en las que tu hijo ve la expresión de un culto a Dios, culto en cuya dualidad la Fe es la aspiración interna, y la Poesía el culto externo de la creencia.

Si allá a esos mundos de perdurable luz a donde te habrá llevado la misericordia divina, te llegan los sentimientos de acá, y lo inefable de aquellos misterios consiente que compartas tu ternura; háblale a Dios por mí, y dile lo que sólo tu corazón de padre puede decir de tu hijo ausente.

HONORATO

A ORILLAS PERUANAS

DEL MACARÁ.

TODOS duermen, y en el campo
reina silenciosa calma,
y sólo a intervalos muge,
cuando del desierto avanza,
el viento, a estrellar su furia
en la sierra ecuatoriana.
Sobrecogida despierta
la selva, crujen las ramas
y, cual si sintieran miedo,
unas con otras se abrazan.

Insomne y meditabundo,
acodado a una ventana,
desde aquí miro undulante
la combatida montaña,

por los rayos de la luna
a intervalos alumbrada;
erguida en el horizonte,
tras cuyas sutiles gasas
las temblorosas estrellas
parecen gotas que bajan,
en lluvia argéntea, a sumirse
en las selvas de mi patria.

Como un rebaño dormido
veo blanquear las casas
del Macará, y a un extremo
una lumbré brilla escasa,
cual la que el pastor enciende
junto al redil, y a las auras
deja de la noche aviven;
si va a extinguirse, la llama.

¡Ay! es luz de la iglesia,
es del Sagrario la lámpara,
que alumbra allí unos misterios
que sólo presiente el alma.
Allí está el que, Rey de reyes,
hoy, Pastor sólo se llama,
que doquier busca a los suyos,

y a quien los suyos reclaman;
y que, en vigilia constante,
y en espera que no acaba,
y en amor que no se mengua,
a la luz de pobre lámpara,
en esa noche de olvido
que extendemos por sus aras,
solitario nos vigila,
olvidado nos aguarda.

Ya voy, Señor, a tu templo
a ofrendarte mi plegaria,
¡último templo, el más pobre
de mi tierra ecuatoriana!
Voy en nombre de mi madre,
en nombre de mis hermanas,
en nombre de mis verdugos,
y en nombre voy de mi Patria,
a orar allí en tu recinto,
antes que la luz del alba
el camino me señale
por extranjera comarca.

Mas, de este río interpuesto
los hombres me han hecho valla

aguende extranjera tierra,
allende, cerca la Patria,
a la que es crimen me llegue
como fué crimen amarla....
¡Oh! ¿por qué debo rendirme
a esa usurpación nefaria,
con que, viéndome indefenso,
mi libertad me arrebatan?

Nó: listo está mi caballo;
venga! Lanzado a las aguas,
al estímulo del hierro,
de entre la corriente rauda,
surgirá a la opuesta orilla
de mi tierra ecuatoriana....
Adelante!....

Entre las sombras
no sorprenderán mi marcha;
y... de improviso, una noche
fugitivo iré a mi casa,
correré desatentado
de mi madre hacia la estancia;
talvez la encuentre en vigilia,
y, al pié de una cruz postrada,

por el hijo ausente orando
en lacrimosa plegaria....
Me desplomaré en sus brazos....
¡Supremo placer de mi alma!....
¡Ea!....

Mas, si hogar recobro,
no hallaré libre a mi Patria;
que, en torno, sólo se escuchan
los hierros que la remachan,
el chasquido del azote
que corroe sus espaldas,
y en su virginal mejilla
parricida bofetada....
¡Oh! nó!...Perdón, madre mía,
llora de Dios en las aras,
llora mi ausencia: me alejo
huérfano de tí y mi Patria!....

Y a Tí, Señor, que vigilas
en esa iglesia cercana,
a cuyas puertas me impiden
los hombres lleve mi planta,
desde aquí mi amor te envío,
mi amor ese río salva.

libre soy para adorarte!
No hay fronteras para el alma!
Ayer te dejé mi ofrenda
de las penas cosechadas.
Aunque es tan pobre mi duelo,
todo él lo dejo en tus aras.
Que al pié de tu cruz ¡Bien mío
la ofrenda más aquilatan
las lágrimas que la riegan
que el oro que las recama!

Rindo a tus sabios decretos
la rebeldía de mi alma,
campo que ya igual recibe,
así el rocío del alba
que en múltiple centelleo
el verde prado aljofara,
como el caluroso rayo
que, calcinando la grama,
deja la sedienta tierra
en hondas grietas surcada.
Sé que eres Padre: esta idea
para mi consuelo basta.
Pon tus ojos paternos
en mi madre y en mi Patria!

Ya la aurora colorea
tras las azules montañas.
¡Adelante, peregrino!
Amplio desierto te aguarda.
Salvada ya la frontera,
nadie a tu honradez amaga,
nadie libertad te roba
ni da ley a tu palabra.

¡Adelante!... Seré libre,
libre cual no fui en la patria,
libre, cual los huracanes
de estas solitarias pampas,
sin más ley, Dios, que la tuya,
y tu amor, madre de mi alma! . . .

La Tina, Agosto, 1881.

A MIS MUERTOS

(A ROBERTO ESPINOSA)

“A DIOS!” me dijisteis,
tornasteis la espalda....
Mientras pliego y despliego mi tienda,
ya estáis en la Patria.

Os llamo en mi duelo,
y en el aire vaga
un instante mi voz, sin que tengan
respuesta mis ansias.

Me angustio cuando hallo
que a quien os reclama
no escucháis, cual por vos no escuchasteis
gemir la campana.

¿A dónde habéis ido?
¿Cuál es la morada
dónde puede, llorando, llorando,
buscaros el alma?

Iré peregrino
buscandoos con ansia,
aunque rudo espinar en la vía
desangre mis plantas.

¿Do estáis? Un suspiro
confiad a las auras,
que enderece mis pasos inciertos
a vuestra morada.

Golpeo las tumbas,
y no a mi plegaria
más responde, que adentro los ecos
del golpe que os llama.

¿Dó estáis? De hoy la tumba,
no habemos mañana:
nos arrojan en polvo, y viene otro
que pide posada.

Si el polvo requieren
los deudos, no lo hallan:
miserables reliquias, volaron
al paso del aura.

Nos deja en los dedos
el polvo del ala
mariposa cautiva, si al aire
dichosa se escapa.

Vosotros ni polvo,
¡ay, prendas de mi alma!
¿Y queréis que estos ojos no os lloren
que en vano os reclaman?

Tan larga es la ausencia,
y, al par, tan amarga
que, escondida la frente en las manos,
desato mis lágrimas.

Y, cuando os recuerdo,
os veo en las andas
extendidos, al pecho las manos
y a un Cristo enlazadas;

Del cirio a la lumbre,
la inmóvil postaña,
sombreando ese brillo apagado,
es vuestra mirada;

Y, sordos al lloro
que inunda la casa,
insensibles ¡oh, Dios! a quejidos
brotados del alma.

Decid ¿no os es dado
saber lo que pasa
por acá, ni escuchar un suspiro
de aquellos que os aman?

¿Sabéis que el recuerdo
de vos en nuestra alma,
es cual nido, suspenso en un árbol,
de una ave emigrada?

¿O allá en vuestro asilo
también os amarga
el pensar que os halláis olvidados,
que ya nadie os ama?

¡Oh! cómo me aflige
pensar que las almas,
las de allá, las de acá...no sabemos,
de acá, de allá, nada!

Y, en tanto, mis ojos
el llanto no calman
por los idos, aunque ellos no sepan
mi ofrenda de lágrimas.

Y fiel en la ausencia
mi pecho les ama,
como alumbra perenne a un sepulcro
la luz de una lámpara.

¡Silencio!....que el viento
en ondas arrastra
desigual el golpeo alternado
de tristes campanas.

Silencio!.... Tras llanto
de larga velada

como un ojo rendido se aduerme,
el sol ya se apaga.

El templo entreabierto
a oración nos llama:
humillemos devota la frente
de Dios en la casa.

Mas ¿dónde han huído
de ayer esas galas
que alegría prestaban al culto,
decoro a las aras?

De fúnebres velos
que el oro recama,
penden lánguidos pliegues do brillan
moribundas lámparas.

Delante el Sagrario
un túmulo se alza,
bien está, que la muerte es la senda
que a Dios nos da entrada!

El órgano alterna
con triste plegaria

que el ministro de Dios por los muertos
piadoso levanta.

¡Señor! de tu gloria
en el regio alcázar,
de profundis cantados abajo
¿tendrán resonancia?

¡Ah, sí! Ya sorprende
paternal mirada,
que al oírnos al suelo diriges
con ojos que llaman.

Parece que escucho
susurros de alas
que del suelo han subido, y se alejan
y a tus pies descansan.

La fe me ilumina,
¡son ellas!... las almas
de los muertos a quienes la Sangre
de Cristo rescata.

¡Piedad! Jesús mío,
que un hijo te clama,

cuyo pan largo tiempo te plugo
se moje de lágrimas.

Un padre me disto,
a quien en las andas,
entre cirios y mudo a mis ayes,
hallé una mañana.

Llevóme mi madre
y, deshecha en lágrimas,
ya de negro vistióme y de negro
inundóse mi alma.

Y en su honda tiniebla,
de entonces no aclara
otra luz que la luz de unos cirios
en torno a unas andas.

¡Ay! tras esta ausencia
aun otras me amargan;
¡cuántos, cuántos hermanos queridos
en torno me faltan!...

Tú, mi compañero,
amor de mi infancia,

que, al mirarme de luto vestido,
conmigo llorabas.

Y tú que, al ensayo
de la voz de mi arpa,
a mi acento inacorde reunías
tu voz inspirada;

tú que en un futuro
risueño soñabas,
y sentías besarte la frente
de gloria las auras.

Y tú, tierna amiga,
que en aquella sala
y el jardín, esa noche de fiesta
contenta danzabas;

cansada del baile,
puesta a una ventana,
de un naranjo doseles tendía
de floridas ramas;

tú y tu prometido
juntos deshojabais

azahares que trajo un ansiado
mayo a tu guirnalda.

¡Ay! quién to dijera
que yo, en tu almohada
mortuoria las flores, de ese árbol
con rosas mezclara!

¡Ay muertos! mis muertos!
¿Ya estáis en la Patria?
¿O gemís lejos de ella clamando
al vivo plegarias?

¿Quizá a tu justicia,
Dios mío, aun no pagan,
y lugar de tormento hasles dado
aquí junto a mi alma?

En donde, testigos
de maldades tántas
con que oféndote ¡oh Dios!, hasta verte
suplicio atroz hallan.

¡Piedad por mis muertos!
y dame esperanza

de que oída ¡oh mi Juez compasivo!
será mi plegaria.

Si víctima aun quieres,
me entrego en tus aras,
aunque víctima impura, tu fuego
sabrás consagrarla.

Desfila del templo
la turba cristiana,
y al panteón silenciosa camina,
de ofrendas cargada.

Palmas y coronas,
encendidas lámparas
llevan unos,—los ricos; los pobres,
oración y lágrimas.

Tumba de un amigo
mi vista aquí no halla:
extranjero, mis tumbas queridas
están en mi patria.

Si aquí soy extraño,
torno las espaldas;
pero nó, que allá veo hay algunas
tumbas olvidadas.

Ante ellas no hay flores,
no brilla una lámpara,
y no hay quien ni aun a orar se detenga
de aquellos que pasan.

Tumbas de extranjeros,
tumbas olvidadas,
extranjero también, ya os visito,
mis tumbas hermanas.

Por estos mis muertos
mi humilde plegaria
fervorosa a tu trono, Dios mío,
también se levanta.

Consuela a los suyos
que ahora en la patria
imaginan llorosos del deudo
la tumba olvidada.

Y si tú has querido
que yo en tierra extraña
también muera, aunque tiemblo al pensarlo,
mi Dios, así se haga.

Y si a mi sepulcro
solicita planta
nadie trae, ni acento piadoso
por mí nadie te alza;

quizá por las tardes,
del vuelo cansada,
golondrina viajera detenga
en mi cruz las alas.

Ay! si un triste pío
siquiera ella exhala,
tú, recíbelo ¡oh Dios! cual el ruego
de una voz hermana.

Si cubren mi tumba
silvestres las plantas,
oración te será tu perfume,
oración por mi alma;

y ve en el rocío
que les vierta el alba,
que aun te lloro por mí, por mis muertos,
en muda plegaria! . . .

Piura, Dos de Noviembre de 1881.

LA SALVE DEL PROSCRITO

A MI MADRE Y MIS HERMANAS

ESCRIBI este romance que os dedico, una de aquellas tardes en que solía acudir a orillas del mar, en espera de una nave, no que me acercara a la Patria, sino que me alejara más de ella, porque así lo permitió Dios, y los hombres lo quisieron.

Entonces mi corazón estaba dividido entre el Cielo y vosotras: aspiraba al Cielo en el secreto de la oración, y como ave cansada de volar, e ineficaz al ascenso, bajaba a vosotras, a reanimarse, si quiera con el recuerdo de las ternuras del hogar.

Ya recibió y despachó el Cielo mi plegaria, al volverme a vuestro lado. Hoy no resta más sino que vosotras recibáis en estos humildes versos lo íntimo de mi amor, y me lo paguéis con recuerdos ante los altares, mientras dure el destierro que lamentamos al rezar la Salve cotidiana.

HONORATO.

I

DESTERRADOS todos somos
en este valle de lágrimas,
que tras el azul espacio
luce el sol de nuestra Patria;
mas, en tanto que fulgure
la celestial alborada,
un rinconcillo de tierra
Dios nos dió para esperarla.
Si en ese rincón despierta
al sentimiento nuestra alma,
y redes de amor tejemos
que ausencia y muerte desatan;
si entre amor vivimos presos
desde el albor de la infancia,
amor lloroso de madre,
amor de padre que ampara,
amor de hermanos que anima

con fiestas nuestra morada;
¡ay, Madre! si alguien sus puertas
por indefensas quebranta,
y, arrastrándonos soberbio,
nos arroja a tierra extraña,
de recuerdos abrumados
y adolorida nuestra alma,—
comprendes lo que en silencio
dentro de mi pecho pasa,
cuando recuerdo mis valles
y mis azules montañas
y la heredad de mis padres
de fresca yerba bordada;
la blanca casa a su centro,
como lirio entre la grama,
el rojo techo en que oscila
por el viento contrariada
una azul columna de humo
de un hogar que no se apaga,
y cuya lumbre ilumina
en fugaces llamaradas,
en torno suyo, semblantes
que por mí en llanto se bañan,
llanto que sólo a tí es dado
enjuagar, Madre de mi alma!....

Há tiempo que ya no oscucho
de tu iglesia la campana
que, al apagarse la tarde,
solemne a oración llamaba,
al recinto de tu templo,
donde indecisas luchaban
del día la luz postrera
y la lumbre de tus lámparas:
con esa luz misteriosa
y al són de aquella campana,
al olor de los romeros
esparcidos en tus aras,
y del incienso que en ondas
del incensario brotaba,
y ascendía lentamente
a enredarse en tu sandalia,
con el órgano alternando,
¡cómo tu Salve sagrada
los sábados por la tarde
en tu iglesia se entonaba!

Hoy, Madre del alma mía,
¿dónde tu sábado me halla?
de mar que no he conocido
solitario en una playa.

Tras un risco de la costa
el sol sus rayos apaga,
y, donde el cielo se junta
con las tremulentas aguas,
bordan sus postreros rayos
leves festones de grana,
que el vivo carmín avivan,
cual mejilla avergonzada
de una niña a quien acosan
insistidoras miradas;
y, como a conciencia pura
vienen en hora menguada
criminales pensamientos
que entre los honestos vagan,
cruzan celaje tan bello,
en famólica bandada,
los oscuros alcatraces
entre las gaviotas blancas.

A mis pies el mar arroja
las espumas de su rabia
sobre la menuda arena
que tanto furor quebranta,
y brinda en la orilla asilo
a las olas fatigadas

que, presurosas, se extienden,
y, quejándose en la playa,
corren, huyen del tirano,
y cautelosas se callan;
mas, en vano; vengativo
de la arena que le ataja,
ceba la furia en las olas
en fugar apresuradas,
y, al regresar contrariado,
violento se las arrastra,
revolviéndolas con cieno,
golpeándolas en la playa,
y, hundiéndolas entre espuma,
a sus abismos se lanza,
murmurando en su despecho,
ronco no sé qué amenazas.

Y como Tú dolorida
tras de Jesús caminabas
hasta el Calvario, las calles
con su sangre salpicadas;
tras de los postreros tintes
del sol, triste se levanta
la luna que a su tesoro
de candidísimo nácar

para acrecentarlo brillo,
pido la huellen tus plantas.

Mientras dichosos los míos
dentro tu templo te alaban,
allá lejos, allá lejos,
al pié de azules montañas,
llorando cuando recuerdan
que les falta y que me faltan;
aquí, Señora, en la arena
de esta silenciosa playa
postrado, y los ojos fijos
en la luna, do tu planta
asentada mirar creo,
nieve en redoma de nácar,
aquí, Señora, permite
rece tu Salve sagrada,
de mar que no he conocido
en la orilla solitaria.

II

Salve Reina! que compartes
el cetro con el Monarca
de los mundos, como Hija,

como Esposa y Madre: ¡Hosanna!
Salve! cual Madre del hombre
también de tu trono bajas
a buscarnos, sin que arredre
nuestra inmundicia a tus plantas!
pero nó, que a tus favores
misericordia les da alas:
con ellas vuelas, persigues,
nos abrigas si nos hallas;
y eres vida, nos reanimas,
y dulzura, pues nos amas,
y, endulzando nuestros labios,
con amor la voz apagas
de nuestra pena, cual madre
que con leche al niño acalla,
y nos aduermes con sueños
de celestial esperanza!

¡Salve otra vez! Eres Madre,
y por esto te reclaman
con sollozos nuestros labios
y con miserias nuestra alma,
del destierro de la vida
en la penosa jornada.
Mas, si todos desterrados

en este valle de lágrimas
esperamos que amanezca
el Sol de la última Patria,
atiéndeme, Madre mía,
enfermo con la nostalgia
de tu Cielo y del abrigo
de mis azules montañas.
Dos destierros, Madre, ay! Madre,
para mi agonía bastan! . . .
¡Ay! por esto alzo mis ojos,
y, en ellos poniendo mi alma,
te busco allá entre el celaje
de la tarde que se apaga,
y mi espíritu te encuentra
fijas en mí tus miradas,
miradas que lacrimosas
por mis males encontrara,
si ahora llorar pudieras
en tan dichosas moradas.
Póstrome, pues, en la arena
y, olvidado en esta playa,
exhalo aquí mis suspiros,
te elevo aquí mis plegarias,
alternadas con gemidos;
que me mata la nostalgia

de mis dos patrias: el Cielo
y un rincón de mis montañas,
donde ¡dichosos! los míos
hoy en tu templo te alaban,
llorando cuando recuerdan
que les falto y que me faltan!

¡Ita, pues, Señora! apresta
tu piedad para mis ansias,
y aboga ante Dios, ya sabes
por cuántas cosas, por cuántas!
Y mírame, Madre mía,
con esas dulces miradas
de amor y misericordia
que saben herirme el alma.
Yo te adoro con mis ojos
cual con los tuyos me halagas:
¡quién me diera, quién me diera
que así fijados se hallaran
cuando la muerte enturbiase
el brillo de mi mirada,
a que, acabado el destierro,
pudiese tímida mi alma,
mas, ebria de amor divino,
desplegar el vuelo rápida

tras los rayos de tus ojos
y amanecer en la Patria!

Mas también, Madre, no olvides
que otro destierro me arrastra,
y me aleja de mi suelo
y me arroja en estas playas;
que, si al pesar no me doblo,
lentamente la nostalgia
va formando un negro lago
en la soledad de mi alma.
Yo te pido que recibas
con amor todas mis ansias,
y de tus manos se eleven
al cielo santificadas;
que me envíes más pesares
si los de ahora no bastan,
pero que me abras tus brazos
y que Tú enjugues mis lágrimas,
y permitas que algún día
vuelva a calentarme el alma
el grupo de corazones
que en torno al hogar me aguarda;
y después de este destierro,
cuando aviste mis montañas,

y cuando huella mis prados
y éntre, por fin, a mi casa,
haz que, al llamar a los míos,
no encuentre, Madre, que falta
ninguno de los que yo amo,
ninguno de los que me aman.

¡Oh, Tesoro de clemencia!
mi voz trémula se apaga
que, al hallarte tan piadosa,
de tu favor la esperanza
tranquiliza mis temores
y mis acentos acalla;
y no necesito hablarte,
pues me entiendes porque me amas.
Mas, permite que mi labio,
abrevado en onda amarga,
repita tu dulce nombre
al acabar mi plegaria,
y este nombre dulce, dulce
le inunde en la miel que manía.

¡Madre de Dios! ¡oh MARÍA!
Que por El me fuiste dada,
ya que la mía me llora

allá al pié de mis montañas,
abrazada con el grupo
de mis huérfanas hermanas,
y si tu Hijo a los que lloran
les ofreció venturanza;
ruégale, Madre, que cumpla
con nosotros su palabra;
y hazme digno de que un día,
vuelto al pié de mis montañas,
con los míos te ame tanto,
que, al acabar la jornada,
guiados por Tí arribemos
desde mi patria a tu Patria!....

III

Torno a ver, y a nadie encuentro,
la orilla está solitaria....
mientras para mí no es propia
ni aun la arena de esta playa,
allá en la ciudad fulguran
las luces tras las ventanas,
y tras las ventanas goza
cada cual en su morada,
donde, más que abrigo el cuerpo,

grato calor tiene el alma.

¡Silencio!...tan sólo el viento
al extenderse en las aguas,
mientras gimiendo se aleja,
con las puntas de sus alas,
de innúmeros rizos borda
del mar el onda agitada;
y al quebrar la luna en ellos
vividlos rayos, el agua
en largo surco parece
hirviente caudal de plata.
Alguna blanca gaviota
aún vaga solitaria,
y, en silencio, ya se encumbra,
ya moja en la onda las alas,
como una tenaz memoria
de pasada venturanza
revuela en giro indeciso
entre las sombras del alma.

¡A Dios! orilla extranjera,
que mi llanto en tí no caiga,
a Dios!....

Penetro en las ruinas

que ayer dejaron las llamas
de la guerra en bellos muros,
hoy estorbo de la playa.
Sólo mis pasos se escuchan
en la derruida estancia,
al compás de los latidos
de dolorosa nostalgia,
con que el corazón me enferma,
con que el corazón me mata.
¡Pobres ruinas! tan deformes
si la luz del día os baña,
cuán bellas estáis ahora
de sombra y luz esmaltadas,
que compasiva la luna
sobre vosotras resbala,
a coronar vuestras sombras,
rico tesoro de nácar.

¡A Dios, Madre del proscrito!
guía Tú mi incierta planta,
y séme perenne luna
en los escombros de mi alma.

Payta.—Diciembre de 1881.

MORENICA DEL ROSARIO

MORENICA, mi vecina,
Morenica del Rosario,
que habedes vuesa morada
cabe la del desterrado,
desde el Rímac os envió
recordaciones é planto.

Yo non os puedo olvidar, e,
fuera faceros agravio:
vos lo mirades adentro
del mi coraçon cuitado,
que ha tiempo es vueso cautivo
que, su latir concertando,
te fas música continua,
magüer con sueños de planto.

Falagueras recordanças

vienen en discurso manso
que en honda malinconía
dexan mi ánimo lazdrado.
En imágenes me llegan
vueso talante gallardo,
vuesos ojos habladores,
vuesos sonriyentes labios,
vuesos lindos piececicos
en la luna descansados,
e tantas, tantas candelas
que os estarán alumbrando,
sinon que hí faltará una,
la del pobre desterrado.

Si lueñe de vuesa casa
vivo della remembrando,
non me mengüen las mercedes
que fas llover vuesa mano;
e se a mí me las negades
en merescido al pecado,
non las neguéis a mis deudos
que por mí vos facen cargos
asaz de duelo hanme fecho
como si oviese finado,
cuando en balde me apellidan

e me buscan por mi cuarto,
e, non trovándome, al cielo
ponen la voz de su planto.
Con sed e fambre obsequiádme
e con amargor al labio,
pero en trueque conseledes
a los que penan atanto.
Decidles que den a olvido
a quien mi mal ha causado,
sinon para bendecirlo,
sinon para perdonarlo,
magüer para bendiciones
atales tiemble la mano.
Decidles que el tiempo vuelva,
e que me apresten los braços,
a do de tornarme tengo,
bién dichoso, bién lazdrado;
e por darles confidança,
prometed que vuesa mano,
a quien colman con las flores
que antes ove coltivatedo,
prometedles que hacia Cuenca
endereçará mis pasos.

E fasta el dichoso día

de avistar el campanario
de vuesa iglesia, vecina
a la cas del desterrado,
siempre os alçaré en ofrenda
mis sospiros cotidianos:
como quier soy vueso fijo,
e como quier así os amo.

Ya, pues, de vuesa campana
en el tannido diario
non oigades al metale
con el golpe retumbando,
sinon decí: Son clamores
del mi fijo desterrado,
que aun desde tan lejas tierras
me dice,—Sennora, os amo,
e porque os guardo terneça,
Morenica del Rosario,
desde el Rímac os envío
recordaciones e planto.

Lima, Enero de 1882.

VILLANCICO

¡QUE trigo! qué trigo
nascido en Belem!
¡qué branca la espiga
que destila miel.
Non las avecicas
le facen placer:
ángeles revuelan
por cima de él,
cual si cobdiciasen
la espiga comer.

—Decidme, angelicos,
decid para quién
atal trigo cresce
destilando miel?

—Non para nosotros,
para el ome es.

—E vos non habedes
partecica dél?

—Non, non recibimos
tan alta merced.

—¡Guay de mí infelice!
de yo he de comer
pan que cobdiciades
y vedado os es?
Indigno me fallo,
e mejor fuiré,
do gima mis males
lejos de Belem....

—Oh! non, pobrecillo,
omildoso sé:
gime cabe el trigo,
e come de él.

—Enfermo me fallo.

—Melecina es.

—Oh! non la merezco.

—Por ende es merced.

¡Oh trigo del Cielo,
nascido en Belem,
en la mi amargura
mi panal de miel!

al suelo mi testa
rendida la vé,
en riego de planto
mi ánima verter!
Flaquescen mis fuerzas,
sustento me sé,
¡Oh trigo, mío trigo,
trigo de Belem!

Lima. Diciembre de 1881.

AL SANCTISIMO SACRAMENTO

NON me fagas tal despecho
yéndote lueño de mí,
ca fallece el alma mía
enfambrecida de Tí.

El tu sabor me endulçora
con dulçor que no es en mí
de decir a qué me sabe
si me lo faces fruír.
Decidlo vos, ojos míos,
ojos míos lo decid,
vos que, entre ñublos de planto,
sabedes de amor plangir,
si amor el cabdal rebosa
en el mi pecho infeliz.
¡Oh! non, manjar regalado,
magüer sea pobre é vil,

non me fagas tal despecho
yéndote lueñe de mí,
ca fallesce el alma mía
enfambrecida de Tí.

Tú bien sabes, Duenno amado,
que cada que has de venir,
tremo é ploro pobrecico,
e non sé ya más de mí
sinon que, en mi honda tiniobra,
viéndote al lejos lucir,
quiere prenderme en tu flamma,
e brasa facerme allí.
¡Oh! que yo fuera de encienso
siguier granillo sutil,
para facerte, ardecido,
fumo de olores subir!
Cata que tanto te quiero
e que te reclamo así,
e non me fagas despecho
yéndote lueñe de mí,
ca fallesce el alma mía
enfambrecida de Tí!

Non te vayas, non te vayas,

en el coraçon me lo dís,
que, de Tí al ser alongado,
ou tristura ha de finir.
Non te vayas, dulçor mío,
que sabes a amores mil;
non te tapes la mi lumbré
sin me arder e consumir.
Presta oído a la rogança
de un pecador infeliz,
non me fagas tal despecho
yéndote luño de mí,
ca finirá el alma mía
enfambrecida de Tí!

Lima, Agosto 1882.

¡PADRE MIO!

(A MIGUEL MORENO)

PERDONA! delantero has presidido
mi diurna labor;
tu mirar mi mirar ha requerido,
y tu amor a mi amor.

Y como el bruto vil tendido al suelo
busca pan y solaz,
afervorado en material desvelo,
no he vuelto a Tí mi faz.

Caviloso en el pan para mañana,
bañado en mi sudor,
pobrecilla mi mente ha ido lejana
de Tí, mi Bien, mi Amor.

Ay! la pena cautiva de mi seno
mis ojos invadir
sentí, y turbarse su cristal sereno,
y mi esperanza huir.

A esos ojos mi mano polvorosa
trémula levantó,
y, al secar una gota silenciosa,
no te llamó mi fe.

Como el mendigo saboreando apura
del desayuno el pan,
quedéme paladeando mi amargura
con cruelísimo afán.

Y no alcé a ver la luz de tu mirada
radiante sobre mí,
y mi llanto y mi frente atribulada
a tus pies no rendí.

Y una pena trajo otra presurosa
a mi alma sin virtud,
cual de gusanos turba temerosa
invade un ataúd.

Cual Lázaro dormido aun estuviera
en mi dolor feroz,
si no hubiera mi alma el "¡Sal afuera!"
oído de tu voz.

Héme aquí, Señor Dios, pero me anuda
ligadura mortal:
desátame, y mi faz presto desnuda
del sudario del mal.

¿Por qué tus ojos húmedos me miran?
¡has llorado, Señor!....
¡Oh! cómo a un Dios mis males así inspiran
tan íntimo dolor!....

Rendiré al polvo la abatida frente,
que en mi soberbia alcé,
y la voz de mi labio balbuciente
con llanto supliré.

Aquí, en la paz de noche silenciosa
te hallo, por fin, Señor:
aquí a tus pies mi corazón rebosa
en lágrimas y amor.

Aquí la pena que nubló mis ojos
pena querida es;
que nacen rosas de ásperos abrojos
donde pones tus piés.

Oh! cómo en ellos derramar quisiera
olor mi corazón!
Mas, sabes cómo lo he vertido fuera,
sabes mi confusión!

Y en este sucio vaso fuí amasando,
de mi llanto al raudal,
de ídolos que tu soplo iba arruinando,
el polvo funeral.

¡Oh, lágrimas! licor de mi ternura,
prenda de mi dolor!
bañad ya con raudales de amargura
los piés de mi Señor!

Ansioso de salud, sobre su herida
mi labio estamparé;
vuelvo a beber del manantial de vida
que ayer menospreció.

Da, Señor, a mi sien aguda espina,
pon a mi hombro una cruz,
y al Calvario irá mi alma peregrina,
guiada por tu luz.

Enclávame a la cruz, mas Tú a mi lado
conforta mi valor:
mi cáliz con tu amor endulzorado
me matará de amor!....

Lima.....1882.

LAS GOLONDRINAS

(A JUAN FRANCISCO EZIETA)

EN torno del campanario
revuelan las golondrinas,
como si fiestas hiciesen
a la cruz que lo domina.
Ya muestran la negra pluma
si hasta el suelo se deslizan,
ya el blanco pecho, si inquietas
tienden el vuelo hacia arriba,
y arremolinando el giro,
en voz desacorde pían
al són de las campanadas
del toque de Avemarías.

Asomado a mi ventana,
sigue su vuelo mi vista,

en tanto que en mi alma ondea
mar de tristeza infinita.

Yo no sé de dónde brota
en emanación continua
el caudal de las tristezas
que inundan el alma mía,
y más en mis soledades,
y más cuando el sol declina,
y más al mirar el vuelo
de traviesas golondrinas
al melancólico acento
del toque de Avemarías....

La noche cuelga sus velos,
y trémulas escintilan
las estrellas en las nubes
de la bruma vespertina,
y en ondas agonizantes
cruza la extensión tranquila
del cielo, el último golpe
del toque de Avemarías;
y una a una van entrando
las inquietas golondrinas
de la torre de la iglesia

en las arcadas sombrías,
de donde la turba alada
tan sólo el rumor me envía
de unas alas que se pliegan
sobre polluelos que pían.

Juveniles ilusiones,
nidadas de golondrinas;
infatigables viajeras
que revoláis indecisas,
inciertas aspiraciones,
tristezas del alma mía;
volad también hacia el templo,
que, al pié del ara bendita,
dormiréis místico sueño,
para despertar tranquilas
más arriba de las nubes,
de los astros más arriba....

Lima, Junio 30 de 1882.

AL TOQUE DE ORACIONES

A estas horas las patrias campanas
sonando estarán,
como aquí, con la misma plegaria
y el mismo compás.

A su acento, postrada en el suelo,
mi madre orará
con los ojos a lo alto, y bañada
en llanto la faz.

Ella ruega por mí, yo por ella:
orando a la par
nos buscamos ...y aquí y allá somos
recuerdo, y no más!

Para mí, cuánto amor en su pecho
represso tendrá,
como el mío para ella atesora,
¡ay, no!...mucho más!

¡Que ternuras en vano su labio
tal vez brotará,
que, al no hallarme, en sollozos los torne
su cruel soledad!

Nos lloramos los dos, mas tan lejos,
que no en un raudal
nos es dado este llanto del alma
poderlo mezclar.

Ay! y esta alma cautiva en el cuerpo,
de vuelo incapaz,
¡cuál quisiera a las almas queridas
al Cielo citar!....

Si tan lejos vivimos ausentes
llorando aquí, allá,
¿nuestras quejas confiadas al viento,
ni en él se unirán?

Oh, no! Amores y penas del alma
al Cielo volad!

En tu seno de Padre, Dios mío,
se pueden juntar!....

Lima. Junio 18 de 1882.

RECUERDOS DE UN BAILE

(A CARLOS R. TOBAR)

INUNDA de armonías el piano
la perfumada estancia,
reberverante al gas. Entre cristales
fluye la llama en fúlgidos raudales
que, rotos entre prismas temblorosos,
cuelgan girones de iris vaporosos.

Pasad raudas parejas:
¿qué a mí vuestra algazara de contento?
Pasad, corred, volad, llévase el viento
vuestros gritos de fiesta transitoria:
dejadme a mí que os mire o que no os mire,
o que envidie o desprecie vuestra gloria,
o bien me duerma hastiado o bien suspire.

¡Gracias! A vuestra fiesta convidasteis
al joven extranjero;
pero, al pedirle risas, ignorasteis
que, llevando en el alma un mundo entero,
en él vive encerrado,
vagando en sus escombros,
y en cada cual leyendo triste historia
a la luz funeral de la memoria.

Vuestra música aumenta mi tristeza,
vuestro reír mis lágrimas suscita,
y os miro de la danza en la presteza
que al vértigo os excita,
cual, como en tarde de ardoroso estío
en mis patrias montañas,
miraba, melancólico y sombrío,
juntar al paso vespertino viento
hojas que, en rauda giro arrebatadas,
crugían un momento
en vistoso caudal entremezcladas
y resolvían luego el remolino
entre el polvo y las zarzas del camino.

—¿Tan triste?—Sí, tan triste.
—¿La causa?—El corazón.—¿Y qué le falta?

La Patria y algo más que ni la Patria
darme podía.—¿Y es?—No sé su nombre:
solo sé que es un ansia, no te asombre,
no te rías, mujer, de alzar el vuelo,
lanzarme hacia la altura,
buscar en la quietud del hondo cielo
luz a mis ojos, para mi alma hartura.
—Es mucho desear, me voy al baile,
que aún no lo reniego;
muy luego tornaré.—Pues, hasta luego.

.....

Voime a recorrer mis tumbas
dentro de mi corazón;
ríe tú, goza en la fiesta.
No nos comprendemos nó!

Corro, salta, grita, ríe;
mira que el tiempo es veloz,
y estas fiestas inconstantes
e inconstante el corazón.

Mas, apurada la copa
de la dulzura de hoy,

en las heces que te queden
paladearás amargor.

Y ese festín terminado,
¡ay! la copa se tornó
cineraria urna do caen
los restos de la ilusión.

No la resucita el llanto,
no la resucita Dios,
porque Él gana do perdemos
en las celadas de amor.

Te agradezco la ternura
que el tuyo me consagró,
mas mi gratitud no llega
a darte mi corazón.

Si a él te acercas un día,
al buscarte, al otro, yo,
no hallaré sino las huellas
de tu carrera veloz.

Valiera querer al viento,
querer al viento, mejor

que irá llevando mis quejas
a la celeste región,

que no a tí, corza ligera,
que en vericuetos de amor
a cada paso que avanzas
desangras un corazón,

y apacentando los ojos
en su espectáculo atroz,
¡ay! no sabes levantarlos
a las regiones del sol.

Aunque haya caído al cieno
y aún me encienda el rubor,
suspiraré por la altura,
que la altura busco yo,

donde sople aura de vida,
donde resplandezca el sol,
donde el cielo esté cercano
al ansiar del corazón.

Tú no sabrás levantarme,
tú reirás de mi dolor,

de este dolor que no cambio
por la más cara ilusión.

Tú, si alguna vez derramas
llanto, tú no sabrás, nó,
que el llanto forma vil lodo,
si no se evapora a Dios.

Tú querrás a tus oídos
do festines el rumor,
y que a tal rumor te cante
endechas de Anacreón.

A tu oído será estorbo
del desdichado la voz,
puerta de hierro tu pecho
de la desgracia al clamor.

Ese tu labio sediento
de una perenne fruición,
flor donde nunca ha caído
el rocío del dolor,

hundido en dorada copa
que con la hez le ensució,

no perfumaré mi ambiente
con aromas de oración.

Ya ves! no nos comprendemos!
Te agradezco, pasa, ¡adios!....
con mi gratitud te pago,
mas no puedo con mi amor.

1862

A MARIA TERESA GRANDA T.

QUIERES que en la hoja primera
de libro que me das blanco
dibuje líneas mi pluma,
te deje mi lira un canto.

Ya me apresuro, María,
con gusto a cumplir tu encargo,
sintiendo sí que al deseo
el poder venga lejano.
Lo que pudo hizo mi pluma
en esos primeros rasgos,
lo que pueda hará mi numen
de vigor y aliento escaso;
numen que siempre despierta,
sí pobre, pero animado,
cuando a lo bueno dedica
la ofrenda de humildes cantos;
y es para tí, flor temprana,
que tan hermosa has brotado

entre otras tempranas flores
frescas en perenne Mayo,
es para tí, tierna niña,
este són desacordado
que de mi lira doliente
por darte un recuerdo arranco.

Ya alborea la mañana!
Ven, acércate a mi lado,
ven a ver cómo la aurora
va el cielo de luz bordando;
y cómo de las estrellas
mueren los postreros lampos,
que, cual lágrimas suspensas,
en el cielo están temblando.
Baja ya tus negros ojos,
y tiende a mirar los campos:
cómo despiertan las flores
irguiendo el dormido tallo,
donde en secreto la noche
su rocío hubo llorado,
como una madre viuda
vierte silencioso llanto
sobre el huérfano dormido
inconsciente en su regazo.

Oye el himno de las aves
que a nuestro Dios sube grato,
al par del rumor del río
y las notas que en el árbol,
como oración a dos voces,
árbol y aura están cantando.
¡Inocentes criaturas
levanten su voz a lo alto
con más derecho que el hombre
que en el mal ensució el labio!
¿No percibes cómo huelen
las florecillas del campo?
El viento es cual sacerdote,
y ellas son como incensarios
que a Dios elevan perfumes,
al agitarse en el tallo.
Pero, fijate y contempla
esos floripondios blancos
que, inclinados hacia el suelo,
esparcen aroma grato,
humildes como los fieles
que, ante las aras postrados,
en el silencio del templo
están al Señor orando.
Es la creación, María,

un gran templo, templo santo,
donde hombres, aves y flores
hemos de orar cual hermanos;
y es la virtud de nuestra alma
la que ha de brotar al labio;
seamos primero buenos
para decir a Dios "¡te amo!"

Mas, no debo aconsejarte
cuando virtud en tí hallo,
cuando tu corazón, niña,
es cual floripondio blanco
que, apenas despunta el alba,
está el jardín perfumando.

El día mustio agoniza,
es de tarde, y en ocaso
la lumbre solar apaga
la esplendidez de sus rayos.
Torna de nuevo, María,
torna otra vez a mi lado;
ven, y en silencio escuchemos
rumores que van callando.
Las brisas penosas vuelan,
las flores doblan el tallo,

las aves vuelven al nido,
y en quietud se ostenta el árbol.
Termina el festín del día,
y en la extensión de los campos,
entre las sombras se apagan
postreros destellos vagos
de esa lumbre fenecida
tras las montañas de ocaso.
¿El silencio te da miedo?
¿La sombra te causa espanto?
En silencio, entre las sombras
mas a placer meditamos.
A la fiesta de la vida,
con la sonrisa en los labios
y el gozo al alma, la infancia
confiada mueve los pasos.
¡Oh qué goces son aquellos
de nuestros primeros años!...
¡Feliz tú que aún los tienes!
¡triste de mí que pasaron!
Y cuando el festín acaba,
¡cuán amargo es, cuán amargo
ir cada dicha gozada
por un pesar descontando!
sólo la virtud conserva,

hasta en los pechos ancianos,
esa frescura bendita
de nuestros primeros años.
Cuando anochezca tu vida,
sentirás el desencanto
que dejan dichas pasadas
del tiempo en el curso vago;
pero nó, nunca en tu pecho
anidará el desencañño,
siempre será tu existencia
fresca alborada de Mayo.
Corazones cual el tuyo
no envejecen con los años,
y, en la noche de la vida,
son cual floripondio blanco,
que, entre el silencio y la sombra,
está el jardín perfumando.

Inunda con tus virtudes
el paterno hogar cristiano,
y sé consuelo a tus padres,
regocijo a tus hermanos
y honor al poeta amigo
que, al ofrendarte su canto,
pide a Dios sea tu vida

la del floripondio blanco,
que a la aurora y a la noche,
está el jardín perfumando.

Lima, Abril 11 de 1882.

GLORIAS POSTUMAS

(A MI MADRE)

UN sepulcro en mis montañas,
en mi sepulcro una cruz,
sobre ella un sauce inclinado
en silenciosa quietud,
y ante ella al Señor orando,
entre mis hermanas, tú;
estas glorias bastaránme
cuando yazga en mi ataúd.

JUNTO A UN ARROYO

(A ROSA ELVIRA C. ZEGARRA).

—¿QUE haces aquí solitario,
orillas del arroyuelo?

—Estoy oyendo a los sauces
que suspiran con el viento,
estoy miradno del agua
en el cristalino espejo,
esas ramas vacilantes,
y en ellas nidos suspensos;
todo mudo entre la linfa,
todo armonioso concierto,
si olvidado del arroyo,
levanto a mirar el cielo.

¿ Ves los sauces retratados
en el arroyo sereno,
y revolando en su fondo,

en múltiple curso incierto,
golondrinas que, si miras
en el fondo discurriendo,
están arriba piando,
alejadas ya del suelo?
Contéplalas en el agua....
—puntos que van decreciendo
parecen....ve....[ya se pierden ...
¡A Dios!... ya se confundieron
con los sutiles granillos
del fondo del arroyuelo....
—¡Ay! no busques a las aves
del arroyo en el espejo,
mira hacia arriba, que a lo alto,
para lanzarse nacieron;
no en la sombra fugitiva,
no en mentirosos reflejos,
no en linfas que se adormecen,
en tremedales de cieno,
nó, sino en altas regiones,
por el horizonte inmenso,
busca a viajeras que anhelan
perderse en lo hondo del cielo:
cuando las ves en las aguas,
crees se desvanecieron,

mas si levantas los ojos,
verás se perdió el reflejo,
porque, viajeras a lo alto,
lanzáronse al firmamento.
En el caudal silencioso
de tus hondos sentimientos,
en esas límpidas aguas
donde se duplica el cielo,
tus vagas aspiraciones
e indefinibles anhelos,
van y vienen, y se pierden
de tu corazón adentro:
mientras a tan hondo abismo,
y en su sepulcral silencio,
no oirás sino el deslizarse
de tus lágrimas de duelo.
Alza el espíritu, niño,
porque el afán de tu pecho
sólo es sombra fugitiva
de ave que levantó el vuelo.
Déjala!... ilusión que muere
va de la tierra subiendo:
no la llares, no la inquietaras
de tu corazón adentro.
Ten fé... La ilusión perdida,

lanzada del mundo lejos,
de la viudez del alma
es ya un inmortal anhelo!....

EL DISCIPULO AMADO

(A REMIGIO CRESPO TORAL)

I

JUAN, el Apóstol Amado,
duerme de Cristo en el pecho,
mas, como el niño dormido
en el regazo materno,
que, soñando con dolores,
repliega el labio entreabierto,
tal duerme el joven Apóstol,
y triste será su sueño
cuando a la angustia del labio
se agrega en sus ojos negros
de una lágrima indecisa
el vacilante destello.

Jesús le ve, y amoroso
oprimiéndole a su pecho

—despierta,—dice—¿en qué sueñas?
y el angustiado mancebo,
al despertar, con los brazos,
de Jesús cuélgase al cuello,
y con voz que aún solloza
—Maestro, dice, Maestro,
ay! soñé que te buscaba,
ay! soñé que habías muerto!....

Calló Jesús y en la frente
del joven imprimió un beso,
secó el llanto de sus ojos,
y, alzando a mirar al Cielo,
bendijo el Pan con el Vino,
y perpetuó el Sacramento
para Juan el amoroso,
y para el cobarde Pedro,
y aun más, también para Judas,
el de los falaces besos.

II

Con el alma contristada
ora Jesús en el huerto
y callan sobrecogidos

de dolor los elementos.
¡Ay! es tan cruel la agonía,
que la faz del Nazareno
se baña en sangre brotada
a mortal padecimiento:
si clama: "¡Pase este cáliz;
mas no, mas no lo que quiero,
sí lo que tú, Padre, se haga",
en sus labios entreabiertos
por la oración y el sollozo
sangre y sangre va cundiendo.

Sus discípulos en tanto,
a tan cruel dolor ajenos,
duermen, aun cuando a la vela
les apercibió el Maestro.
Cuando a despertarlos vino
Jesús, se inclinó en silencio
hacia Juan que sollozaba
con otro doliente sueño.
¡Inocente! conocía
en triste presentimiento
que llegaban a cumplirse
los celestiales decretos:

III

Juan soñó que iba buscando,
solo y por camino estrecho,
a Jesús tras de la sangre
regada por el sendero;
pero la noche era oscura,
y, perdido entre sus velos,
no acertaba ¡ay! no acertaba,
y el rumbo perdía a trechos.
Y cuando en afán creciente
buscaba el santo reguero,
desviábase y caía
ya entre espinas, ya entre cieno;
y al rodar a un precipicio
alcanzó a dar con el cuerpo
de un ahorcado, a la sima
con una cuerda suspenso.
Se acerca....es él, el cadáver
del Apóstol traicionero....
Y—“¿Dó estás, Señor? exclama,
que ya en mi torno no encuentro
sino el lodo que me ensucia,
y, si al abismo desciendo,
en el abismo me hallo

con el horror del despecho!"....
Llora Juan, mas de improviso
oye que arriba, allá lejos,
desde la cumbre le llama
de María el dulce acento.

"Sube, le dice, al Calvario:
discípulo sin Maestro,
no serás hijo sin Madre....
ven a mi viudo pecho!"

IV

Despertó Juan, y a su lado
vió al Divino Nazareno:
callaron, que en la mirada
entrambos se comprendieron.
Y Jesús tornó a abrazarle,
y al estrecharle a su pecho,
de su boca y la del joven
estaba el olor fluyendo,
en alternados efluvios,
del vino del Sacramento.

"¡Levantaos! llegó mi hora",
dijo Jesús, y en silencio

los discípulos rodearon
consternados al Maestro;
uno falta...nó, ya viene,
que le urge sellar un beso
en la adorable mejilla
bañada en sudor sangriento.
Indecisa la mirada,
el paso turbado y presto,
a cuyo són le crujían
unas monedas al seno,
tal Judas vino, y los labios
llegó a la faz del Maestro,
y, teñidos en su sangre,
resonaron con un beso
esos labios olorosos
al vino del Sacramento.

V

Tras esa suprema noche
brilló ese día supremo,
que abrió la sonda al Calvario
de sangre con un reguero.
Ya de la cima del monte
franca al alma quedó el Cielo;

que entre esa mansión lejana
y los mundanos senderos,
Jesús colocó a María
cual Madre, guía y consuelo,
cuando en el postrer instante,
fué de la cruz extendiendo
adelante la cabeza
con imponderable esfuerzo,
para ver al pié a María
y a Juan llorando en su seno.

A ORILLAS DEL MAR

(ULTIMA PAGINA DE UN ALBUM).

—HAY un mar que no conoces
de perennes tempestades,
y a su centro una árdua roca
donde las olas combaten.

Restos de algunos naufragios,
se ven leños vacilantes
entre los tumbos que suben
y las corrientes que caen.

Hay gaviotas que en la roca
suelen suspender su viaje;
mas, de ese mar espantadas
lánzanse, cantando, al aire.

Pero, ¿no ves combatida
y firme una blanca nave,

al pié del peñón adusto...?
y en las olas que lo baten?

Yo te contaré su historia:
surgió de playas distantes,
al soplo de frescas brisas
perfumadas de azahares.

Tras de días bonancibles
vinieron las tempestades;
llegó a orilla hospitalaria
y allí suspendió su viaje.

Mas un día, horrendo día,
bramaron los vendabales,
y de esa repuesta playa
el mar arrancó a la nave.

Desde entonces, combatida,
surcó los desiertos mares,
y, al llegar junto a esa roca,
allí replegó el velamen.

No la ofenden junto a ella
desatados huracanes,
y hasta las furiosas olas,

a su costado se abaten.

A su torno están crujiendo
restos de náufragas naves,
entre los tumbos que suben
y las corrientes que caen.

Sólo una nave ha podido
junto a esa roca abrigarse,
junto a esa funesta roca,
sobre esos funestos mares....

—¿Y esos mares?—En mi pecho
lidian horrendo combate.

—¿Y esa roca del naufragio?

—Mi corazón implacable.

—¿Y esa nave solitaria?

—Es el amor de mi madre,
junto a esa roca sombría,
nave de blanco velamen....

¿Te asustas?.... Sé la gaviota
que huya de mis tempestades,
no la nave que en las olas
de mi corazón naufrague.

EPISTOLA A MI MADRE

DARTE un estrecho abrazo bien quisiera:
tras de esta ausencia tan penosa y larga,
¡qué cosas, abrazado, te dijera!....

Lo pienso, y ya la voz tiembla y se embarga,
de mis amantes quejas al ensayo
y al de historiarte mi existencia amarga.

Cuantas veces el sol su último rayo
apaga tras los montes de occidente
en majestuoso y lánguido desmayo,

adulo mi dolor de verme ausente,
con pensar que talvez ya en el camino
me alumbrará la luz del sol naciente.

Despierto, y el bastón del peregrino
torno a empuñar, y voy desengañado.

si triste, no cobarde a mi destino.

A ésta en que tus labios han posado
frente que el polvo del trabajo empaña,
a erguirse en el dolor has enseñado;

y a no esquivarse de temor huraña,
si en vez de lauro se le apresta espina,
que igual los siega la postrer guadaña.

“El sacrificio a Dios nos avvicina”
me repite tu labio piadoso,
límpido manantial de fe divina.

Háblame ese lenguaje generoso.
Mónica, tu Agustino te reclama,
al celo maternal no haya reposo.

Siento en mi pecho indefinible llama
que más se aviva si apagarla quiero,
y más estragos por mi sér derrama.

Madre, que ella se apague yo no espero;
si con ella nací, siga encendida
del corazón hasta el latir postrero;

mas, mires tras la llama ya extinguida,
como el humo de místico incensario,
subir a Dios la ofrenda de mi vida;

que a tanto vago desear voltario
que en férvido bullir el pecho enciende,
sólo aquieta la afrenta del Calvario.

Por esto, en el camino que me extiende
lo por venir, la vía dolorosa
cual la mejor del bien mi fe comprende.

Buena es la vida que en dolor rebosa,
turbia copa, de donde así es vertida
hez que la ensucia si en quietud reposa.

Si lloras porque crees que mi vida
es triste y su tristeza me devora,
consuela, madre, tu ánima afligida.

¡Ah! la acción del dolor es salvadora,
y tu hijo, al recibirla, mira al Cielo,
cual planta tras de lluvia bienhechora.

Esto sirva a nuestro íntimo consuelo,

y a las penas abramos nuestra puerta
con diligente hospitalario celo,

y alimentemos cual creencia cierta
que cada pena es divinal presente
para nuestra alma enmollecida y yerta.

¡Oh! no me llores por tenerme ausente,
llora sí por temor de que cobarde
esquive espinas mi menguada frente.

Jornalero de penas, cada tarde
las siego y en manojos agavillo,
y las llevo al altar: ¡mi Dios las guarde!

Y me conceda corazón sencillo
con que allegue mi ofrenda cotidiana,
hasta colgar el último hacecillo.

¿Cuándo será? ¿Y a qué pregunta vana?
En la mano la hoz, la frente al suelo,
hálleme mi Señor, cada mañana.

Hasta que, compasivo a nuestro anhelo,
cumplida mi tarea, me encamine

Él mismo, a que a calmar vaya tu duelo.

Tanto has llorado tú desde que vine,
que ese llanto vertido en los altares
hará que mi regreso se avecine.

En tanto, salva los inmensos mares,
por ir a tí, mi amante pensamiento,
golondrina que anida en tus alares.

Ya ría o llore, en tí todo momento
clavada tengo mi tenaz memoria,
y tus lágrimas una a una cuento.

Y pido a Dios que el libro de mi historia
no lo manchen con huella que me acuse
allá en la residencia de la gloria.

Si alguna espina en tu corona puse,
el perdón con tus lágrimas me has dado:
quien llora es imposible lo rehuse.

Borra el recuerdo ya de aquel pasado
en que, al beber mi copa de ambrosía,
no más que heces amargas te he dejado.

“Perdón! ¿De qué? Mi amor mi alma te envía”
en tu primera carta me dijiste,
de mi prisión en el funesto día;

y “—Desde cuando desterrado fuiste,
se alza mi mano en santas bendiciones
al hijo entre mis hijos el más triste”—,

me dicen cariñosos los renglones
que acá vienen trayéndome constantes
tu tesoro de penas y oraciones.

Y al notar ciertas líneas vacilantes
de tu pluma en el rasgo entrecortado,
que en estas cartas tiembla más que en antes,

el corazón me salta quebrantado,
pues pienso que, ensayando tus ternuras,
al trazar esos rasgos has llorado.

Y mis pupilas con el llanto oscuras
lágrimas vierten al querido pliego,
ofrendando a tu amor mis amarguras.

Basta ya de dolor, si un “¡Hasta luego!”

es en el mundo toda despedida,
aguardemos el plazo con sosiego;

que siendo así mi ausencia ya cumplida,
vuelvo a tus brazos, de tu amor la fuente
rebotará mejor por reprimida.

¿Por qué sólo dolor tu alma presente?
No te basta llorarme desterrado,
y ya lloras me muera de tí ausente.

Sufoca tanto matador cuidado,
levanta a Dios la frente valerosa,
que mis males al suelo han inclinado;

y no te pongas a idear la fosa
en que ha de sepultarme, si aquí muero,
alguna extraña mano piadosa.

Si Dios lo quiere así, también lo quiero,
por más que el corazón salte medroso
ante lo horrendo del latir postrero.

Ay! que en aquel momento congojoso,
el dejar de vivir no sentiría,

con la esperanza de eternal reposo.

Pero ¡muerte cruel! ¡oh madre mía!
sin besar en tu mano el crucifijo,
sin que con él presidas mi agonía;

sin que esa mano tuya, al salir tu hijo
de este último destierro, le bendiga
tal como en el primero le bendijo.

Confiados callemos: no desdiga
de nuestra fe idear nuevos dolores
que nos consumen con mortal fatiga.

Mas, por si se cumplieren tus temores,
y esta epístola fuere mi postrera,
recibe aquí mis últimos amores.

Abrázate a la Cruz cuando me muera,
y no falte por mí constante ruego.
Postrada ante el Señor mi alma te espera,
tráeme a mis hermanas y. . . . "¡Hasta luego!"

Lima, Julio de 1882.

EPISTOLA A MIS HERMANAS

EN los constantes pliegos que me llegan,
al nombre de mi madre uno^o por uno,
vuestros nombres queridos se le agregan.

Que no me falte, os pido, allí ninguno,
porque al ver vuestra letra inolvidada,
dulces memorias del hogar aúno;

que en cada vario rasgo ver grabada
creo vuestra genial fisonomía,
en la forma y estilo retratada;

y vuela desde aquí mi fantasía
a esos tiempos felices de la infancia
en que ensayó cantar la musa mía;

cuando ibais pequeñuelas a mi estancia,
a leer, a escribir y a darme flores

y a inundarme de amor y de fragancia;

cuando, ignorantes de íntimos dolores,
si a un perdido juguete hicimos duelo,
nos consoló un abrazo y un “¡no llores!”

Hoy. . ., quejarme quisiera, mas el Cielo
que me ha querido víctima expiatoria,
me ha dado en el silencio mi consuelo.

Y callado fatigo la memoria
recorriendo mi serie de pesares
y la breve ventura de mi historia.

Ay! pudierais surcar aquestos mares!
ay! vinierais a ser, como otros días,
ángeles de mi vida tutelares!

“Nos preguntamos mútuas alegrías,
y, al contarnos las tuyas, nos engañas,
y mientes hoy cuando antes no mentías.

“Alegrías, a tí te son extrañas,
tanto, que, al idear que nos escribes,
creemos que la carta en llanto bañas;

“y a cada carta nuestra que recibes
lloras t , cual nosotras con las tuyas....
 uego nos hablas de que alegre vives?

“Confiesa:  no es verdad? Ah! no la excluyas
de esas líneas: que lloras, bien sabemos....
de hacernos llorar más  ay! no rehuyas.

“Nosotras...., pues a t  no mentiremos,
sabe que como a muerto te lloramos,
y hasta volver a verte lloraremos;

“que de t  a todas horas conversamos,
y que, a cada llegada del correo,
una de otra a llorar nos separamos”....

Esto en la última carta vuestra leo.
 Y he de mentiros? n , mi mal deploro,
cuando hace tiempo, hermanas, que no os veo;

cuando, si al Cielo compasión imploro,
no hay voz que aúne con mi voz doliente
y al Cielo suba en plañidero coro.

Pero sí alzar la doblegada frente,

pensar que Dios que el duelo nos ha dado,
junto a mí, junto a vos está presente....

Hablemos de otras cosas....¿Ha brotado
en el jardín esa postrera planta
que de vosotras confié al cuidado?

Aun antes de prendida, con fe tanta
soñabais con sus flores, que ofrecidas
teníais cada cual al ara santa.

Y las tardes, en idas y venidas,
gozabais, con las manos ahucadas,
bañar la tierra a gotas repetidas.

Trémulas, en el tallo rociadas
sumíanse al terrón que las bebía
en lentas y sonoras bocanadas,

cual en mi árido pecho se sumía
vuestro gozo infantil sobre mi pena,
única flor que allí sobrevivía.

¿Del Tomebamba la ribera amena
paseáis, por aquellos saucedales

que de oro alfombran la brillante arena?

Si vais allá do el río en dos raudales
reparte su caudal, y hacia la orilla
lo pliega en undulancias desiguales,

extendida la rósea manecilla,
recoged la que dejan mansamente,
en leves fajas, fúlgida arenilla.

Ponedla en vuestras cartas, do luciente
al hallarla mis ojos, de mi río
imagine lloroso la corriente.

Tanto en mi ausencia por la patria ansío,
que, si a orillas del mar aspiro el viento,
busco el olor de mi jardín natío;

y en las olas del líquido elemento,
al que mi patrio río es tributario,
pónese a discurrir mi pensamiento.

Allí entre ese tumulto procelario
está la linfa que copió serena
mi casa y el vecino campanario;

la que se vino de perfumes llena
de entre las flores que sembró mi mano,
y natura esparció en la riba amena;

que la semilla convirtió en el grano,
y dió pan a la mesa de los míos,
y al mendigo, sustento cotidiano.

Pero ¡ay! me son iguales desvaríos
buscar solaz vagando en tierra extraña,
pedir al mar el agua de mis ríos!

Cuando el postrer fulgor de ocaso baña
el campo, mientras se alzan divergentes
rayos del sol tras la última montaña,

arrodillaos y doblad las frentes,
que a tal hora mi espíritu se eleva
en oraciones al Señor fervientes,

y el ángel de la tarde al cielo lleva
cuanta tristeza atesoró mi pecho,
cuanto recuerdo cada sol renueva.

Si ya entrada la noche, a nuestro techo

y a nuestra puerta acudo un peregrino,
dadle en mi estancia mi desierto lecho,

pensad en vuestro hermano, en su camino,
do abrigo demandaba, en noche fría,
del desierto a las ramas de un espino.

Tomplad su sed, pensando en la sed mía,
aderezadle nuestra humilde mesa,
si acaso triste está, dadle alegría.

Lloráis ¡y vuestro hermano no regresal
buscadme, y allí estoy en el que llora
y el pobre que las calles atraviesa.

Id al templo, que allí, cuando se ora,
dada cita en Jesús, se halla al ausente,
al que en el mundo de las almas mora.

Cuando abatirse quiere, alzo mi frente,
y vóime ante el silencio del Sagrario,
y allí mi mal a Dios hago presente.

Ante el altar se encuentran solitario
en procesión las almas doloridas,

abejas de las flores del Calvario.

¡A Dios! y confiad, prendas queridas,
consolad de mi madre el hondo duelo,
sed bálsamo de amor a sus heridas.

Si tristes os halláis, hablad del Cielo;
pensad en él, y si lloráis su ausencia,
ya para todo humano desconsuelo
fortificada está vuestra conciencia.

Lima, 1882.

¡ARRIBA!

—DIME ¿qué miras en lo alto?
—Mis ojos ven el vacío.
—Pues entra a mirar tu alma.
—Aunque hoy desierta, fué un nido
donde aves canoras hubo,
que, mojadas de rocío,
aloteando piaban
del sol al naciente brillo....
Cuando cayeron las hojas
amarillas en estío,
y en secos leños la selva
cambió su manto florido,
cuando el viento por los campos,
en són lúgubre y remiso,
cantaba los funerales
de los árboles marchitos,
¡ay! entonces emigraron

las avecillas del nido.
De entonces alzo los ojos,
con lágrimas pensativos,
buscando en lo alto del cielo
la región a donde han ido....

ARRULLOS

ESE ciprés que sombrea
la losa de tu sepulcro,
al mecerse con las auras
en misterioso murmurio,
canta a tu postrero sueño
de esperanzas este arrullo:

“Aguardad, restos inertes;
que el día último del mundo,
surgiréis con nueva vida
del vacío del sepulcro.
Azucenas y claveles,
confundidos en un grupo,
encarnarán nuevamente
esos huesos hoy enjutos;
y la lumbre de los astros,
lanzados en lo profundo,
al fracasarse la esfera,
dejará el brillante surco

de sus rayos postrimeros
en los dos huecos oscuros
de ese cráneo de la araña
enlaza asquerosos nudos.
Volverá el alma a ese cuerpo,
y en más hermoso conjunto
rendirás a Dios, Elvira,
de amor inmortal tributo;
y, gotas que al mar descienden,
todos tus afectos puros
de aquel amor mezclaránse
en el piélago profundo.

“Nó... esa fruición infinita
a ese corazón viudo,
que a llorar viene las tardes
al borde de tu sepulcro,
no hará le olvides absorta
de Dios ante el trono augusto.
Dios es padre y Dios le ama,
y no maldijo el profundo
amor que te ha consagrado,
al par de rendirle culto.

“Duerme, duerme, espera, Elvira,

en el fondo del sepulcro;
yo te cantaré canciones
de las auras al murmurio,
mis canciones aprendidas
de ese corazón viudo
que en suspiros sube al cielo
y en llanto viene a este túmulo,
trazando con fe el camino
que, en un ansiado futuro,
desde la tumba hacia el cielo,
con indeclinable rumbo,
seguirá un amor que hoy duerme
en el fondo del sepulcro"....

ANTE EL TUMULO DE LAMAR

EN EL CEMENTERIO DE LIMA

En mi patria, que es la tuya,
hay una llanura inmensa
de esmeralda revestida
en perenne primavera.

Sentado en bases de mármol,
del valle la entrada cierra
El Portete, de la Patria
invencible centinela.
¿Recuerdas?... ¡Ah! bien lo sabes
que del Tarqui en la pradera,
del invasor el caballo
no ha pacido aún la yerba....
Que el sacro monte, aquel día,
miró al Norte, y viendo a Cuenca,
en cuyas torres flameaba
la Colombiana bandera,

y viendo al Sur tus pendones
enarbolados contra élla,
¡hijo ingrato! te abrió tumba
del Sur en las hondas breñas!....

Grande te llama la historia,
y el mármol a tu grandeza
rinda un ambiguo tributo
en una playa extranjera.

Como en un jardín caídas
brillan en la grama perlas,
tal minas de mármol lucen
del PORTETE entre las selvas.
Venga al suelo el arduo monte,
antes que te dé una piedra
que rinda gloria a tu nombre,
que nuestro rubor encienda.
Páguete con monumentos
el señor por quien tu diestra
con el parricida acero
armaste en hora funesta.
¡Duerme en paz!... ¡Dios te perdone!
¡Duerme en paz!... Calle mi lengua!...

¿HASTA CUANDO?

Un día me estrujé tanto,
con tal furia el corazón,
que ésta mi mano asesina
ensangrentada quedó.

Y como vil carnicero,
con cierto placer feroz,
empapábame las manos
en el sangriento licor.

“¡Muerto ya!” grité “¡bien muerto!”
Mas ví, al resonar mi voz,
que aún exanguüe palpitaba
mi rebelde corazón....

PLEGARIA

Se oscurece el horizonte
y rugen los vendabales,
y el mar hincha enfurecido
las olas amenazantes.

Ya la tempestad se acerca.
Ay! infelices las naves
engolfadas en el ponto,
de la ribera distantes!

Manda, Señor, que se aquieten
esos turbulentos mares,
da puerto a naves que llegan,
manso viento a las que parten.

Salva a todos.... Una viene
de playas ecuatoriales,

de las playas de mi patria,
y es mi predilecta nave.....

¡Sálvala! vienen confiadas
a ese leño vacilante
la vida de mis hermanos
y las cartas de mi madre....

—

TRADUCCIONES

DE GORRES

¡Oh azul diáfano y tranquilo!
¡Oh esplendor del alto cielo!
bin irradiáis alegría
como entristecéis mi pecho....
Si lanzo allá mis miradas,
hostígame oculto anhelo,
porque, absorto en vuestras luces,
cegado en ellas, presiento
que otra luz hay más arriba
y otro espacio más sereno,
que anhelosos adivinan
mis nostálgicos ensueños.

Ay! cuando el nevado cisne,
cantando levanta el vuelo,
y entre las ondas del canto
va por lo alto discurriendo,

nuevo afán su melodía
fugaz, despierta en mi pecho,
pues sueño en mejores mundos
y otros más dulces acentos.

Ay! si esta doliente vida
es sólo un presentimiento,
si es un perenne suspiro
hasta que en la tumba demos,
feliz quien lo que ansía halla,
al exhalar el postrero!....

DE BEDA WEBER

¡Oh tierra do sin fatiga
mieses perennes se siegan!
donde el manjar por sí mismo
mana en deliciosa vena,
y en caudal que no minora
y en dulzor que el goce aumenta!
Tierra do el amor no muere,
do el deleite saborea
y a la saciedad alcanza
en celestial copa llena;
do la la virtud enraiza
con tan poderosa fuerza
como un arrogante cedro
por Dios plantado en la selva;
donde amigos que en el valle
hielo al corazón sintieron,
para abrigarse unos a otros

en lazo de amor se estrechan
y unos a otros se construyen,
en fructíferas praderas,
cabañas de las que el viento
no es poderoso a la ofensa....

¡Ay! ¡qué tiempo todavía,
por tus amenas florestas
y tus aires, Patria amada,
suspirará mi alma enferma!
¡Qué tiempo aún vagar debo
do las hojas caen secas,
y respiro peregrino
aire de tumba do quiera!

Con el corazón sembrando
esperanzas lisonjeras,
por alegrías son duelos
nuestra menguada cosecha;
quema el hielo nuestros mirtos,
nuestro polvo al viento vuela,
el orín rompe el acero
y el agua cala en la piedra:
Tú sólo, Celeste Patria,
en claridad sempiterna
de verdad y vida, curas
la peregrina alma enferma.

¡Haga Dios que a mi salida
de esta horrorosa tiniebla,
entre a gozar en tus campos,
a una luz siempre serena,
de delicias inefables
la mística primavera!....

SUEÑO DE LA VIRGEN

(DE LEÓN DE PAS)

DE la Navidad primera
la noche, soñó María
que le traspasaba el pecho
Judas en horrible herida,
con un acero forjado
del altar en la ara misma.
Y, ajena a las de los cielos
angélicas armonias,
estrechábase hacia el Niño
que en pobres paños dormía.
Soñó dejaba el Pesebre,
y por la montaña se iba
a Jerusalén, llorando
tras de su prenda perdida;
y en tanto que, acongojada,

iba en balde peregrina,
en vez del Divino Niño
halla sólo a Juan Bautista.
—¿No has visto, llorando dice,
a Jesús por la campiña?
—¡Ay Madre de los dolores!
le ví....mas en la colina,
en una cruz enclavados
los pies, las manos divinas,
y la frente ensangrentada
y el cuerpo lleno de heridas,
y coronadas las sienes,
mas con corona de espinas!—

¡Ay! que la Madre del Cristo
su cruel martirio principia!
Mas, despierta....y se sonríe,
pues Jesús la sonreía!

TRES LIRIOS

(DE AUGUSTO DE PAS)

EN los tiempos de Francisco
de Asís, y bajo su regla,
un siervo fiel de la Virgen,
en el jardín de la Iglesia,
florecía, enardacido
de santo amor: Egidio era
un ángel que a su alabanza
consagrado aquí en la tierra
perennemente, tenía
la Inmaculada Doncella.

Paso a paso, una mañana
por solitaria vereda
iba, cuando de improviso
con un monje allí se encuentra,

de tal saber y palabra,
que en muchas hondas tinieblas
para la gloria de Cristo,
abrió luminosa senda.

Triste, triste el monje estaba,
mostrando en esa tristeza
que para sí no tenía
la luz que a los otros diera.
Una duda atormentaba
todo el vigor de su ciencia,
un enigma que zumbando
a su oído persevera,
bien cuando pretende el sueño,
bien cuando en estudio vela,
y aun más, de la oración misma
en la aspiración suprema.

—Egidio, dice, qué frutos
nos da el árbol de la ciencia!
Qué amargos son, sólo sabe
el que, como yo, los prueba....
¡Feliz el creyente humilde
que, harto de fé, ya no hambrea,
y por la via trillada

en simplicidad ingenua
marcha, y al alzar los ojos
hacia las luces eternas,
nunca que su clara lumbre
empañen sombras recela!....
Egidio, padezco mucho,
compadéceme....Doquiera
tenaz esta horrible duda,
sábelo, mi mal aumenta,
porque es de la Inmaculada
Virgen ¿oyes? en ofensa....
¡Maldito saber, maldito
si ésta ha de ser tu cosecha!
Maldita luz que nos guías
al seno de las tinieblas....
¿Cómo la rama difiere
del tronco que la sustenta?....
¿Cómo de un pecador la hija
ha de ser flor de inocencia?....
¿Cómo a tal flor no ha ensuciado
el polvo vil de la tierra?....

Egidio oye pensativo
del sabio la duda horrenda,
y con frecuentes suspiros

el discurso impío alterna;
y después, tristes los ojos,
mas con mirada serena,
clava en el monje, y al cielo
luégo en oración los lleva.

Y—“Verbo Divino”, exclama,
Tú que hiciste floreciera
en el valle do debías
morir, la casta inocencia
de tu Madre, presto alumbra
de este espíritu las nieblas,
que así se ofusca, olvidado
a donde tu poder llega!
Venga a entender que María,
del hombre esperanza eterna,
que la Virgen no hubo mancha
antes que tu Madre fuera.
¡Señor!”....Y aquí el duro suelo
con el báculo golpea,
y ¡oh milagro! un blanco lirio
brotó súbito la tierra.
“Sí! la Virgen sin mancilla,
después que Jesús naciera,
Pura también”....gritó luego;

y, al punto, brotó la arena,
a nuevo golpe, otro lirio,
mejor que en la vez primera.
“¡Sí!” continúa, “la Virgen,
al abandonar la tierra,
subió a Jesús limpia, pura,
con adorable pureza!...”
Y al tercer golpe otro lirio
entre los primeros tiembla.

Atónito el sabio monje
en el polvo se prosterna,
y los olorosos lirios,
bañado en lágrimas, besa,
mientras que Egidio, cantando
alabanzas a su Reina,
por el desierto camino
paso ante paso se aleja.

DE HENRY MURGER

—SI al viajero que no avisa
su nombre, no abres la puerta,
la Muerte soy, dáme entrada,
que vengo a curar tus penas.

Las llaves de los sepulcros
oye que en mi cinto suenan,
y haré de modo que el tuyo
no lo profanen las fieras.

—Entra, triste peregrina,
y perdona mi pobreza,
que hospitalidad te ofrece
el hogar de la miseria.

Ay! me ha cansado esta vida
sin porvenir....! Entra! éntra!

que, aunque envidiando al que muere,
a morir no tuve fuerzas.

Entra, bebe, come y duerme,
y si tu voz me despierta
mañana, en pago, Angel mío,
entre tus brazos me lleva.

Listo estoy, quiero seguirte,
y he de irme a donde tú quieras;
mas, deja a mi pobre perro
a que me llore él siquiera! ...

UNA TUMBA PARA AMBOS.

(POR BALAGUER)

La niñita era tan rubia,
tan rubia era como un sol.
¡Amorosa Ana María,
ladrona del corazón!

Su padre quiere casarla,
y es con Jorge el de Aragón.
-Yo no lo haré, padre mío,
si viva me queréis vos;
pues ya me hallo apalabrada
con el hijo de Melchor
que anillo de plata y áureas
arracadas ya me dió.

La niñita era tan rubia,
tan rubia era como un sol.

¡Amorosa Ana María,
ladrona del corazón!

-Yo te guardaré mi hija,
de mi casa y nombre en pró:
la torre del homenaje
tiene una negra prisión,
y allí estarás sepultada
en soledad y dolor,
hasta casarte con Jorge
con Jorge, aquel de Aragón.

La niñita era tan rubia,
tan rubia era como un sol.
¡Amorosa Ana María,
ladrona del corazón!

-Golondrina viajadora,
dile a mi fiel amador,
que presa por él me encuentro,
que me libre de prisión.
-Bajad por esa escalera,
¡Oh! señora de mi amor;
que mi caballo está listo
y volveremos los dos-.

La niñita era tan rubia,
tan rubia era como un sol,
¡Amorosa Ana María,
ladrona del corazón!

El padre se les presenta,
mas, fuego sus ojos son;
—¡Guay! Dios te dé mala muerte,
de doncellas vil raptor!....
Al otro día enterraban
en una tumba a los dos.
Si vas por aquí, viajero,
dí— ¡Ya Dios les perdonó!

La niñita era tan rubia,
tan rubia era como un sol.
¡Amorosa Ana María,
ladrona del corazón!

HONORATO VAZQUEZ.

1880.

INDICE

	Págs.
En el destierro	I
A los lectores	XXV
A la señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez	XXXI
A mi padre, el Sr. Dn. Manuel Jesús Vázquez	XXXV
A orillas peruanas del Macará	1
A mis Muertos	8
La Salve del Proscrito	22
Morenica del Rosario	37
Villancico	41
Al Santísimo Sacramento	44
Padre Mío	47
Las Golondrinas	52
Al Toque de Oraciones	55
Recuerdos de un Baile	57
A María Teresa Granda T.	64
Glorias Póstumas	71
Junto a un Arroyo	72
El Discípulo Amado	76
A orillas del Mar	83
Epístola a mi Madre	86
Epístola a mis Hermanas	94
¡Arriba!	102
Arrullos	104
Ante el túmulo de Lamar	107
¿Hasta Cuándo?	109
Plegaria	110
Traduccions.—De Gorres.	112
De Beda Weber	114
Sueño de la Virgen	117
Tres Lirios	119
De Henry Murger	124
Una Tumba para ambos	126